

# EL MOVI MIENTO



AÑO 4 | NÚM.5  
Revista de Creación Literaria

# EL MOVIMIENTO

Año IV, número 5

*El Movi Miento* está configurado como una corriente abierta a la participación de nuestros lectores. Una información más concreta sobre la posibilidad de realizar una colaboración puede encontrarse en nuestra página web [www.elmovimiento.es](http://www.elmovimiento.es)

**Director:** José Vicente Rubio “Eire”

**Consejo Editorial:** Carlos Montero Bandín; Jesús Sánchez-Girón Forniés; Luis García-Orea Álvarez; José Manuel López Sánchez-Caballero

**Cocina:** José Antonio Ibáñez Larrauri, “Micky”

**Diseño y edición:** Olga Espino de Torres-Peralta, Eire.

© de los cuentos pertenecen a los autores.

© de la revista pertenece al Consejo Editorial.

Imagen de cubierta: fotografía de Fidam Nazim Quizi por cortesía de Pexels.

Impreso y publicado en Madrid por Estugraf 2026

## Prólogo

Cuando se introduce una cita al inicio de una historia, por lo general se hace para ofrecer al lector una referencia, un ambiente por el que transitará la historia que está a punto de escuchar. Es una forma de afinar el oído antes de que empiece la música del relato.

Arturo Panero abre su cuento de misterio con una canción de Los Suaves, *Malas noticias*. Es un tema que habla de fatalidad, destino y noches inquietantes, como esas noches de Ourense, con sus lluvias eternas y sus calores infinitos de julio, patria del grupo de rock. Su trabajo es, acaso, una balada existencial de carretera, con un protagonista atrapado en un bucle melancólico entre la vida y la muerte.

De un relato de destinos pasamos al diálogo entre dos épocas literarias. Elena Iglesias López nos propone el encuentro entre una escritora de los años setenta y otra contemporánea que le responde décadas después. Como la autora no sugiere ningún tema musical, lo haré yo, intentando sintetizar su espíritu, *Both Sides Now*, de Joni Mitchell. Como en el caso anterior, encontramos una reflexión sobre el paso del tiempo y una mirada que cambia con los años. Se comparte un mismo territorio: la persistencia de las palabras, la memoria y esa mirada madura que solo concede la vida vivida.

Encarni Prados describe la primera metamorfosis de una joven durante la luna llena, con dolor físico y revelación identitaria. El tema para escuchar de fondo podría ser *Running with the Wolves* de Aurora, con su

tono salvaje y mítico, casi chamánico, sobre aceptar la naturaleza interior. Ese es, en definitiva, el verdadero corazón que presentamos orgullosamente.

Del misticismo y la fuerza primitiva pasamos a las tristezas ásperas de la campiña holandesa. Jos den Bekker nos acerca unas “Manos sucias”, como las de Johnny Cash al rasgar su guitarra en *Hurt*. El paisaje que tan bien conocemos por los cuadros flamencos del Museo del Prado —de azules grisáceos, molinos de viento y canales donde parece que alguien olvidó citar al sol— describe una infancia rural marcada por la violencia y la humillación. Es una meditación sobre la culpa, la vergüenza y la violencia familiar, y de nuevo comparece el gran tótem de la literatura: la memoria.

Y es que cada país tiene sus propias historias que contar, sus fantasmas que no terminan de salir del armario. En Italia, también tienen los suyos. Y no pocos. Giacomo Pilati airea uno de los más dolorosos, el de Aldo Moro. No es este el lugar para debatir sobre el drama político que sufrió Italia durante los llamados “años de plomo”, pero sí explorarlo desde el lado literario. Este cuento nos acerca a ese ambiente con una mirada infantil, donde al escándalo de unos se suma el egoísmo de otros. Mientras lo leía me parecía escuchar *La storia siamo noi*, de Francesco De Gregori, donde el cantautor reflexiona, en tono elegíaco, sobre cómo la Historia atraviesa la vida cotidiana de la gente común.

Nos adentramos en el territorio de la poesía.

El primero en abrir fuego es Óscar Fernández García con “Geografía”, y mientras escucho *La Belle Dame Sans Regrets* de Sting. Cadencias pausadas y sensuales, aires europeos y una atmósfera de seducción delicada, más intensa que las pasiones explícitas. Lo necesario para explorar con lentitud todo nuevo territorio.

Para acompañar “Mi dolor”, de Ana Castro, he escogido *Breathe Me*, de Sia. ¿Por qué? El poema habla de un dolor invisible que requiere ser nombrado para existir, y la canción evoca esa misma fragilidad y vulnerabilidad emocional. Poema y canción comparten una atmósfera íntima que amplifica la dimensión corporal del sentimiento hasta terminar por conmovir.

Volvamos a Italia, al misterio, al terror que surge cuando lo cotidiano muta en algo inesperado. Pongamos en el tocadiscos *People are strange*, de The Doors, y sumerjámonos en una situación donde un tren fantasma de feria se convierte en escenario de algo inquietante y perturbador. Stefano Cucinotta nos traslada al territorio de las extrañezas, de las inquietudes psicológicas, donde lo cotidiano puede volverse, de pronto, siniestro.

Francesca Martano escoge *Something's Got a Hold on Me*, de Etta James, como banda sonora de su historia. La fila de un supermercado, la vida imaginada de los clientes, lo cómico y lo sentimental..., todo ello, contado con ritmo y sensualidad ligera, posee la esencia de las buenas piezas de blues: ese algo que primero se te agarra a la garganta antes de descender lentamente hasta el corazón. Y así, la vía parece terminar en un puente derruido. Los carteles de la policía anuncian que estamos ante una vía muerta.

Retrocedemos hasta el último bar de carretera.

Allí, de espaldas a la barra, nos espera Pedro Aranda y nos invita a un whisky doble *on the rocks*. Thriller, tentación, corrupción y exotismo nocturno en el sureste asiático.

Esa es nuestra despedida, con música electrónica de Kavinsky —*Nightcall*— y una recomendación final:

sigan la trayectoria de todos los autores que hemos reunido para ustedes en esta pequeña *playlist* literaria.

Porque quizá, después de todo, la literatura no sea otra cosa que eso: una forma de escuchar historias mientras suena, de fondo, la música del mundo.

Eire. 2026

## De nuevo, a casa

*Los pasos perdidos se paran en una noche estrellada  
Quieto se quedó en el suelo; solo, rodeado de miedo  
Al sur de la gran ciudad... Satanás anda de fiesta.  
(Malas noticias. Los Suaves)*

**M**e despierta un ruido seco. Quizá es el crujido de la vieja madera de algún mueble, quizá un alma errante que clama perdida entre dos mundos, obligada a vagar de forma inconsciente en un bucle infinito e interminable. Abro los ojos y la oscuridad lo invade todo. Mis ojos se habitúan, la tenue luz de algún neón se cuela por las escasas rendijas que deja abiertas la persiana. Mi mente se despereza y recuerdo que estoy en una habitación de hotel en Madrid, a algo más de doscientos kilómetros de mi hogar..., de Raquel y de nuestro pequeño bebé.

Extiendo el brazo y busco a tientas en la mesilla. Aprieto el botón de desbloqueo de mi iPhone: son las cuatro menos cuarto de la mañana; apenas he dormido hora y media. La cena con los inversores escoceses terminó tarde, como era de esperar. La empresa insistió desde el principio, cuando planificamos esta gira de reuniones, en que descansara en un hotel antes de volver a casa. «Después de un mes vagando por toda Europa es más prudente que pases la noche en Madrid. Duerme unas horas y, tras descansar, vuelve a casa. Raquel y el bichito no van a evaporarse». Me dijo Miguel... Don Miguel, el dueño de la empresa. En realidad, creo que tiene razón: más de un mes de reuniones

casi diarias con sus cenas, comidas, copas, fiestas y toda la parafernalia asociada, unido a una rutina basada en la vida de hotel, siempre lejos de la confortabilidad de tu propia casa, pasa factura. En estos momentos parece como si un tren de mercancías me hubiera pasado por encima, con todos sus puñeteros vagones cargados hasta los topes.

Me pongo boca arriba en la cama. Me da la impresión de que llevo toda una eternidad fuera de casa. Intento visualizar el rostro de Raquel y el del bebé. Vienen a mi mente como difuminados, los rasgos esbozados, casi fantasmales. Lo achaco al cansancio; mi cuerpo está dolorido y extenuado; mi mente hastiada y disfuncional. Este trabajo va a acabar conmigo. Pongo mi antebrazo derecho sobre la frente y cierro los ojos. Intento dormir. Centro mi atención en el monótono ronroneo que escucho proveniente del exterior. Lo asocio con el neón que vomita, inmisericorde, su luz hacia el interior de mi pieza. Vuelve a mi cabeza, de forma pertinaz, el desdibujado rostro de mi esposa. Sé que, a pesar de que debería hacerlo, de que mi cuerpo lo pide a gritos, mi mente no va a permitirme volver a conciliar el sueño. Me pueden las ganas de regresar con los míos.

Me levanto de la cama haciendo un esfuerzo hercúleo. Todos mis músculos me gritan que vuelva a tumbarme de nuevo, quieren una tregua hasta la salida del sol; pero no es posible, una fuerza oculta me empuja de nuevo hacia mi ciudad. Me dirijo al cuarto de baño, enciendo la luz y me aseo. Me lavo la cara, los dientes y cepillo mi cabello muy por encima, lo justo para no parecer un tipo recién levantado y somnoliento. Ya me ducharé cuando esté en mi propio cuarto de baño; quizá incluso llene la bañera y me dé un homenaje relajante después de pasar un buen rato con mi familia.

Cuelgo en la percha el traje, la corbata y la camisa que usé en la cena de ayer y pongo la funda externa que protege el conjunto; Burberry, casi nada. Teniendo en cuenta que toda la ropa estaba tirada en el suelo, arrugada a los pies de la cama, la utilidad de dicha funda queda bastante en entredicho; al menos, hasta que vaya de visita a la tintorería. Los cinco trajes que he traído necesitarán esa visita de manera urgente, de hecho. Abro la maleta y lo meto doblado de cualquier manera, junto a los otros cuatro trajes de marca. Ermenegildo Zegna, Armani, Mr. Porter... Al haber terminado con la gira laboral no voy a necesitarlos en un tiempo, y reconozco que no soy nada cuidadoso con estos menesteres. Busco los zapatos, los meto en su bolsa de seda... o de lo que diablos sea, y los coloco junto con los otros tres pares que he traído en la segunda maleta. Saco de esta unos vaqueros negros, una camiseta de Los Suaves y unas deportivas, y me visto con calma. Somnoliento, sí, pero extrañamente enérgico.

A las cuatro y cinco entro en el Mercedes-Benz negro de la empresa, que está aparcado en el subterráneo del hotel. Calculo que en dos horas y media, aproximadamente, habré terminado con este mes de pesadilla, poniendo brillante colofón a este periplo con un cariñoso beso a la mujer de mi vida. Al fin podré volver a acunar a mi bichito, observar de nuevo su pequeño rostro aún esquivo en mi mente.

Salgo por la rampa del aparcamiento a la noche cerrada de Madrid. Las calles están desiertas, la ciudad parece inmensa en su quietud. Me desborda. Con el escaso tráfico, quizá pueda estar incluso antes de lo previsto de regreso en mi casa... No he tenido en cuenta en mis estimaciones que no tengo que transitar por el centro con el trajín diurno habitual de la capital.

Inconscientemente piso un poquito más el acelerador mientras me dirijo hacia la A-6.



No tengo sueño, a pesar de la paliza física y mental a la que me he visto sometido estos últimos días. La carretera discurre monótona y me invade una extraña sensación persistente, una especie de *déjà vu* que me invita a plantearme si no llevo así, conduciendo en plena noche por los mismos caminos, durante toda la eternidad.

Mis brazos se desploman por su propio peso y mantienen su posición tan solo por el enganche que forman mis manos atenazadas alrededor del volante; la postura de mi cuerpo, sentado en el asiento del coche, no me resulta molesta, pero sí pesada. Es, de alguna manera, sempiterna; y mi mente sigue difuminada.

Me he despertado en el hotel, está claro, pero... ¿qué hice en la cena de ayer?, ¿fue esta con los inversores escoceses?, ¿o quizá fueron los americanos? No recuerdo caras de origen asiático en la mesa. ¿Quizá cené con los japoneses? Una densa niebla envuelve mis recuerdos, no consigo vislumbrar en qué restaurante estuvimos, qué sucedió durante la reunión ni a qué hora terminamos.

Parece como si llevara toda la vida despertando en plena noche, tomando la decisión de coger el coche sin esperar a que amanezca y conduciendo de vuelta a casa en un bucle infinito. Puedo entrever las sonrisas de Raquel y del bebé, pero son tan solo eso, una sonrisa de relucientes dientes tras las que se presentan imágenes borrosas, un par de caras anónimas y desdibujadas. Sólo puedo distinguir esos dientes nacarados que sonríen y me llaman... ¿Tienen acaso dientes los bebés de algo menos de cinco meses de edad? No estoy seguro,

todo parece confuso, así que sigo conduciendo hacia mi hogar. De nuevo, a casa.

Se suceden las curvas y las rectas. Las líneas blancas de la carretera trazan brillantes bocetos imposibles en mitad de la oscuridad, y la voz de Yosi clama desde los altavoces que estoy regresando a casa, en donde se ahoga el sol. ¿Se van cerrando mis ojos? No... No estoy cansado; me impulsa el deseo de volver a ver a mi familia. Podría conducir hasta el infierno y volver sin necesidad de descanso alguno, por sentir otra vez los besos de Raquel y escuchar de nuevo su voz; esa voz..., ¿aguda, quizá?, ¿o es más bien suave y sedosa? No puedo recordar cómo es el tacto de sus labios, el cosquilleo de sentir sus caricias y el calor de su piel bajo mis dedos, pero me muero de ganas por volver a poner en su sitio todas esas sensaciones y muchas otras más. Soy el guerrero que vuelve a casa tras años de odisea y quiere recuperar todo lo que añora, aunque apenas recuerda. Todo lo que el tiempo y los ociosos dioses han tratado de arrebatarle sin éxito.

Paso la señal que indica que estoy tan solo a cincuenta kilómetros de mi objetivo. Un escalofrío recorre mi espalda y todo mi cuerpo se tensa. Comienza a invadirme un nerviosismo sosegado, cronificado, como la visita de un viejo conocido a quien habías sacado de tu mente, pero con el que has convivido en infinidad de ocasiones. No es el fin del mundo, no es algo que haga que vayas a perder el control... Es tan solo un zumbido molesto en mi cabeza, una extraña voz que me susurra que algo no va bien, que eriza todos los pelos de mi piel. Todo esto hace que recuerde que no me gusta en absoluto esta oscura carretera. Creo que, de alguna manera, mi destino está asociado a ella. ¿Mi tumba de asfalto, quizá?

Me agarro con más fuerza al volante y gano seguridad. No me gustan las supersticiones estúpidas y sin sentido; los desvaríos de una mente crédula. Sigo conduciendo sin sobresaltos, con templanza. Como llevo haciendo desde tiempos inmemoriales.

Devoro kilómetros, los engullo atropelladamente, de manera inconsciente. Encaro una larga recta de algo más de tres mil metros de longitud. Esta se inicia con un cambio de rasante y va bajando progresivamente, de manera ininterrumpida. Yo soy Dante y Yosi es Virgilio, y descendemos paulatinamente en un vehículo hacia los infiernos en esta extraña versión moderna de la *Divina comedia*. No me siento divino, pero sí es posible que todo sea una maldita comedia. La cuesta abajo me succiona como un enorme remolino con capacidad de atracción sobre humana, una fuerza primordial de la que es imposible escapar. Más allá de la mitad de la recta, adivino un cartel azul. Me aterra; no puedo dejar de mirarlo fijamente, como si el metal chapado estuviera endemoniado y hubiera conseguido hipnotizarme. Soy presa de su influjo. SALAMANCA 33. No puedo leerlo desde aquí, pero conozco sobradamente su mensaje, como riéndose de mí. Tan cerca y tan lejos, simple mortal, parece decirme. Y Yosi me susurra que hay martillazos de fuego contra el cristal del silencio. Malas noticias.

Piso el acelerador. Necesito pasar cuanto antes esa trampa numérica, esta recta, esta autopista hacia el infierno. Mis pasos perdidos no van a detenerse en esta siniestra noche estrellada. Me acerco al cartel mientras la aguja que marca la velocidad se dispara en el cuentakilómetros del Mercedes. No toco el asfalto, vuelo sobre él, zafándome de ese destino que me persigue, rompiendo las reglas de los omnipotentes para salir airoso,

para regresar con Penélope y Telémaco. ÍTACA 33. Vuelvo a casa. Letras blancas sobre fondo azul... Mis manos se aferran al volante, mi mente vuela por terrenos abruptos e irreales. Veo mi coche patinando, saliéndose del carril e impactando contra la señal. Trato de contravolantear. El Mercedes sale despedido hacia el quitamiedos de la mediana. Vueltas de campana, impactos contra el asfalto y la barrera protectora del otro carril. Todo sucede a cámara lenta. No siento dolor, pero mi vida se escapa lentamente.

Yosi me dice que morí sin razón, por nada, una larga madrugada. Imagino a Raquel sufriendo, peleando contra el sueño. Maldita sea mi suerte. Observo, asido al asiento por el cinturón de seguridad, con el cuello en un ángulo imposible, dentro del Mercedes destrozado y boca abajo sobre la carretera, una especie de mancha azul en el suelo con letras blancas. Tan cerca y tan lejos, amigo, se burla de mí...

CARCOSA 33.

Pero sigo conduciendo. Miro por el retrovisor la temida señal. Sigue intacta, en pie... desafiando a todos los viajeros. Mis músculos se relajan, mi pie se eleva paulatinamente y la aguja del cuentakilómetros vuelve a rondar los ciento veinte kilómetros por hora. Enfilo el final de la recta y muevo el cuello y la cabeza de derecha a izquierda y viceversa, varias veces. Todo funcional, el estiramiento alivia mi tensión en la zona cervical.

Yosi me canta que vivo al borde de un sueño, al borde del sueño del río del olvido...

Todo está en orden, una mala pasada de mi imaginación. Temores sin fundamento.



Salamanca no ha vuelto todavía a la vida. Es demasiado temprano. El reloj del ordenador de a bordo marca las 5:50 con números rojos brillantes. Algo me dice que, en realidad, es un poco más tarde, así que este debe haberse detenido... si es que eso es posible.

«No creo que se haya quedado sin pila», pienso divirtiéndome mientras escucho el rugido sedoso del motor del coche.

Conduzco por calles silenciosas y solitarias. Absurdos semáforos en rojo que no regulan más que el tráfico de mi vehículo enlentecen mi ansiado regreso.

Aparco, por fin, cerca del parque de Las Salesas, ya que imagino que nuestro coche estará ocupando la plaza de garaje de nuestro bloque de edificios. Ya haré el cambio de vehículos mañana, ahora mismo no me apetece ni siquiera bajar el equipaje, así que dejo todo dentro del maletero. Volveré. Lo primordial es descansar y hacer lo verdaderamente importante: volver a poner en su sitio los rostros que he perdido. Volver de nuevo a mi vida.

Entro en el portal. Subo con cautela por las escaleras, pretendo hacer el menor ruido posible para que mi familia siga perdida despreocupadamente en los dominios del caprichoso Morfeo. Meto la llave en la cerradura de la puerta de mi casa. Quinta planta, letra «A». Lo consigo, apenas hago ruido y entro con sigilo sin escuchar el más mínimo atisbo de movimiento dentro del piso. Cierro con cuidado extremo y recorro el pasillo con satisfacción y una insoslayable sensación de alegría. Pulso el botón de desbloqueo del móvil. Quiero evitar que el brillo de la pantalla pueda despertar a Raquel o al bebé, así que me detengo brevemente antes de entrar. Miro la hora, son las 5:50; aún es pronto, trataré de dormir un par de horas. Empujo la puerta de la

habitación; a Raquel le gusta dejarla entornada, ¿verdad? No puedo recordarlo.

Persianas bajadas, todavía es la noche quien dicta las normas. A la derecha de nuestro lecho acierto a adivinar, entre la penumbra, la silueta de la cuna de nuestro bichito. Me dirijo a la zona izquierda de la cama y me tumbo con cuidado. No quiero tocar a Raquel, no quiero despertarla, tenemos toda la eternidad por delante para seguir entrelazando nuestras vidas. Ni siquiera la rozo... La dejo dormir en paz. Creo recordar que suele girarse hacia mi lado de la cama durante la noche, así que trato de observar su cara, de adivinar sus labios. Todo está demasiado oscuro y yo me encuentro demasiado cansado. Me tumbo boca arriba. No sé si seré capaz de conciliar el sueño. Cierro los ojos mientras mi cabeza funciona a mil por hora...

Veo una recta, ganas de regresar a casa y una broma del destino. SALAMANCA 33.

Vueltas de campana, miedo y mucho estruendo de metal contra el asfalto. El puñetero Ragnarok, y la voz de Yosi apagándose en una especie de *fade out* que me hace las veces de extremaunción.

Infinita negrura.



Me despierta un ruido seco. Quizá es el crujido de la vieja madera de algún mueble, quizá un alma errante que clama perdida entre dos mundos, obligada a vagar de forma inconsciente en un bucle infinito e interminable que no llega a comprender.

Abro los ojos y la oscuridad lo invade todo.

Me encuentro confuso. Hago un gran esfuerzo, y consigo desprezar mi mente.

Estoy en una habitación de hotel en Madrid, a algo más de doscientos kilómetros de mi hogar... a toda una inabarcable eternidad de Raquel y de nuestro pequeño bebé.

La idea invade insistentemente mi cabeza: debo regresar, cuanto antes.

He de volver, de nuevo... a casa.

### **Acerca del autor**

Arturo Panero (Salamanca, 1980) cultiva los géneros del terror y la ciencia ficción. Licenciado en Psicología por la Universidad de Salamanca, compagina su actividad profesional con su vocación literaria. Desde 2020 ha publicado varios relatos y novelas breves, con una narrativa que se caracteriza por una atmósfera inquietante, influida por la tradición del terror clásico y el imaginario gótico.

## Cartas entre tinta y píxeles: ecos que sobreviven a los días

Prólogo (septiembre de 2025)

Compré una máquina de escribir por puro capricho. ¿A quién, en pleno siglo XXI, se le ocurre gastar lo que no tiene en una Olivetti antigua? Era tan bonita que no supe resistirme. Llevaba semanas obsesionada con aquella coqueta roja que descubrí por azar en un puesto del Rastro. La buscaba cada domingo durante mis paseos con Tapa — mi perra — por calles abarrotadas de turistas. Yo también, como otros cazadores de tesoros, confiaba en hallar una ganga: tal vez un óleo barato que, con suerte, resultara valioso. Soñar sigue siendo de las pocas cosas que no cuestan dinero.

La máquina parecía resistirse a tener dueño. Pregunté su precio varias veces ya que, en el mismo puesto, el vendedor cambiaba cada domingo y el precio también. El día que me dieron una cifra que podía permitirme, la compré sin pensarlo, aunque no supiera escribir en ella ni la necesitara para nada.

Para mi bolsillo no era una idea sensata. Trabajaba algunas horas en un bar cercano, sirviendo copas los viernes y días sueltos cuando necesitaban una mano. Mi economía era frágil; sobrevivía, más que vivía, en Madrid.

El chico que atendía el puesto ese día era muy joven. Le dije que me recordaba la máquina de mi infancia. Me advirtió que no funcionaba, pero que para decorar

estaba bien. Pensó que la compraba por nostalgia – un trasto inútil– y quizá tuviera razón. Pagué de prisa para no detenerme a reflexionar sobre lo que hacía y salí con la máquina en una bolsa de plástico.

En casa me descalcé, solté a Tapa –que fue directa al cuenco de agua– y llevé la máquina al escritorio: una mesa demasiado grande para el salón y sin el menor criterio estético para con el resto de los enseres que allí convivían.

Estaba nerviosa; el corazón me golpeaba las sienas como si celebrara su propia locura. Moví la máquina de un lado a otro hasta encontrar su sitio. Retiré el estuche. El rojo metálico brilló. No me importaba el polvo: encajaría con el resto de los trastos de la mesa. Abrí la tapa y me envolvió un olor a tinta vieja y papel dormido. Entre el rodillo y la cinta seca asomaban unas hojas dobladas. Pensé que protegían la goma, pero al desplegarlas me quedé helada.

Eran cuartillas mecanografiadas. Me incliné sobre ellas. Eran cartas firmadas con «C. M.». Sin dirección ni remitente, solo una dedicatoria: *Para quien aún crea en las palabras.*

Con el corazón desbocado, alisé las cuartillas y empecé a leer.

#### CARTA 1 - ABRIL DE 1976

*Querida lectora desconocida:*

*Estoy segura de que una mujer acabará leyendo esta carta. Una que, como yo, aspire a escribir y no haya tenido la suerte de publicar todavía.*

*Quiero contarle que acabo de terminar mi tercer manuscrito. Hace poco envié un borrador – aún sin revisión final – a una editorial que, según me dijeron, respondía siempre.*

*Efectivamente, dos semanas después ya me habían citado presencialmente para comentar el texto.*

*Finalmente, hoy me han comunicado que lo rechazan, sin atender a mis súplicas ni permitirme revisar aquello que consideraran que debía pulirse.*

*Una negativa recibida sin anestesia, soportando estoicamente un veredicto compartido con desgana: «Las mujeres escriben bien, pero no venden». La frase, acompañada de una sonrisa amable, me atravesó como los cuchillos de un lanzador de circo. Sonreí por educación, como si su desprecio fuera un cumplido, y salí de allí aguantando las lágrimas.*

*Durante todo el proceso, algunos compañeros del taller literario –hombres, sobre todo– me sugirieron que suavizara ciertos temas, que no fuera tan política. Pero no puedo dejar de intentar decir lo que siento.*

*He tachado párrafos enteros, reescrito escenas, y cada golpe de tecla de mi Olivetti me acerca un poco más a la mujer que quiero ser.*

*He aprendido que escribir no es ceder ni resistir: es simplemente existir.*

*Quizá algún día alguien –tal vez usted– encuentre estas palabras y entienda que, para mí, la literatura es una forma de libertad; quizá también para usted.*

*Con afecto,*

*C. M.*

Me quedé largo rato mirando las cuartillas. Había algo en la voz de esa mujer – C. M. – que me resultaba tan familiar como un eco que hubiera estado esperando. No sabía si leer era una forma de recibir o de recordar, pero sus palabras se me quedaron pegadas a las manos.

Durante días dejé las cuartillas sobre la mesa, abiertas, como si respiraran. Intenté olvidarlas, seguir con mi vida de siempre: el bar, la perra, las facturas. Pero

cada noche, antes de dormir, me asaltaba la misma idea absurda: contestarle.

Al principio me pareció una tontería. ¿A quién se le ocurre responder una carta escrita hace casi cincuenta años?

Pero algo en mí necesitaba hacerlo. Quizá porque llevaba meses sin hablar con nadie de lo que de verdad me importaba.

Decidí escribirle una respuesta en mi ordenador, imprimirla y dejarla también dentro de la Olivetti, como si el tiempo fuera un buzón sin fondo. No esperaba una respuesta, claro. Aunque, en el fondo, ¿quién escribe sin esperarla?

## CARTA 2 – OCTUBRE DE 2025

Querida C. M.:

He leído tu carta con las manos temblando. Yo también escribo y guardo la esperanza de llegar a publicar algún día. No sé quién eres ni cómo llegaste a esconder estas páginas dentro de una máquina de escribir, pero tus palabras parecían latir con más verdad que todo lo que circula por Internet.

Escribo en un portátil que, a veces, arde como si recordara algo que no quiere decir. Hace tiempo que necesita jubilarse, pero por el momento tendrá que seguir en activo; no puedo permitirme un cambio. Y sí, también me han dicho que «las mujeres escribimos bien, pero los algoritmos no nos favorecen», una versión moderna del mismo comentario que recibiste en tu época. He publicado dos cuentos en una web literaria que cerró justo una semana después. No creo que fuera por mi culpa, pero ya nada me sorprendería.

A veces pienso que escribir hoy es como lanzar botellas vacías al mar, sabiendo que el océano ya está saturado

de plástico. Y, sin embargo, imaginar que alguien podría leerme al fin me consuela.

¿Tú también escribes cuando todos duermen?

Gracias por recordarme que antes de los «me gusta» existía el gusto y que las palabras, cuando son verdaderas, no necesitan wifi.

Con curiosidad y algo de esperanza,

L. G.

### CARTA 3 - JUNIO DE 1977

*Querida lectora:*

*He encontrado una editorial que necesita llenar el cupo de mujeres escritoras de su catálogo. Me han dado una oportunidad, aunque no plena.*

*He publicado, sí, pero a medias. Me pidieron que eliminara los «temas sensibles»: la huelga, la maternidad, el deseo. Les he hecho caso, también a medias.*

*Mi editor dice que debo escribir sobre cosas agradables, «como el amor o las flores». No sabe que también se marchitan y que el amor – bien mirado – es otro modo de perder hojas.*

*Creo que la tinta tiene voluntad propia: insiste en contar lo que duele, incluso cuando intento distraerla. Y, mientras tecleo de noche y la casa duerme, siento que ella decide por mí.*

*¿Escribir es ceder o resistir?*

*¿Usted también escribe contra las modas?*

*Con esperanza obstinada,*

C. M.

### CARTA 4 - DICIEMBRE DE 2025

*Querida C. M.:*

*Sí, escribo contra las modas, aunque ahora las llamamos «tendencias».*

*Hace poco me ofrecieron un curso para «optimizar mi narrativa para redes sociales». Lo rechacé: no quiero que mis frases duren menos que una historia de Instagram.*

He enviado mi manuscrito a una editorial pequeña. Me han respondido con un emoji de corazón. Supongo que es una buena señal, aunque sospecho que ni siquiera lo han leído.

Si pudieras ver lo que hemos avanzado las mujeres — y lo que hemos perdido —, te reirías con ese humor tuyo que se desliza entre líneas.

A veces pienso si tus cartas me encontraron a mí o soy yo quien te inventa para no sentirme sola cuando escribo...

Con gratitud y un poco de fe,

L. G.

#### CARTA 5 - OCTUBRE DE 1978

*Querida lectora:*

*He decidido dejar estas cartas dentro de la máquina. No sé quién las leerá, ni cuándo pasará, ni siquiera si eso llegará a suceder. A veces me da un poco de miedo imaginarlo y otras me hace sonreír. Pero sospecho que será alguien que, si llega a ocurrir, crea — como yo — que la literatura no envejece: simplemente se pone otro vestido, quizá arrugado o con algún hilo suelto, pero con la misma intención de brillar.*

*Espero que mis palabras traspasen los muros de esta habitación, que alguien las encuentre y le ayude a sentir que no está sola en su empeño de escribir, de crear, de existir a través de la tinta. Cada carta, cada cuartilla, es un pequeño puente tendido: mi cariño sincero y mi admiración por ese empeño.*

*Sé que mis sueños de publicación han tenido tropiezos, que muchas veces me he topado con editoriales que no comprenden lo que intento contar. Pero no me arrepiento de cada línea escrita, de cada intento ni de cada paso dado. Porque escribir no es solo publicar ni vender: escribir es sobrevivir, es resistir, es dejar una parte de ti flotando en el mundo para que algún día alguien la encuentre.*

*Guardo estas cartas sabiendo que quizá nadie las lea o que alguien, dentro de muchos años, las encuentre y sonría. Si*

*eso ocurre, que sepa que escribí para no rendirme. Y que, aunque el papel amarillee, las palabras, cuando son sinceras, no envejecen.*

*Con cariño y la certeza de que lo escrito puede atravesar el tiempo,*

C. M.

### **Epílogo (enero de 2026)**

L. G. llevó la Olivetti a reparar. El técnico la examinó, suspiró y sentenció que no valía la pena: el rodillo estaba seco, la cinta inservible y reparar el mecanismo costaría más que la máquina misma.

Ella sonrió, agradeció y no insistió.

Al llegar a casa colocó las cartas en un sobre junto a las suyas, con un cuidado casi ritual, y escribió en el anverso: «Cartas entre tinta y píxeles: ecos que sobreviven a los días».

Se detuvo un instante con el sobre entre las manos. Pensó en todas las veces que se había sentido sola frente a la página en blanco y en cómo aquellas voces, separadas por medio siglo, habían respirado juntas al encontrarse. Quizá, algún día —se dijo—, otra mujer, tan perdida u obstinada como ella, abriría esa misma máquina y reconocería en esas cartas el eco de sus propias dudas.

Introdujo el sobre dentro del tambor de la Olivetti.

Al domingo siguiente volvió al Rastro. Dejó la máquina en el mismo puesto donde la había encontrado, apoyada entre marcos de fotos y radios que ya no funcionaban.

No dijo nada. Solo una última caricia en el metal rojo.

Aquella noche, en casa, se acomodó en la silla — demasiado baja, demasiado incómoda —, abrió su portátil y comenzó una nueva historia con un empeño distinto. La primera frase surgió casi sola:

«Una mujer del pasado me enseñó a no escribir para gustar, sino para existir».

A veces —pensó— no se escribe para cambiar el mundo, sino para no deshacerse dentro de él.

Volvió la vista a la pantalla y se sumergió en el vaivén de las letras, lista para pelear y jugar con ellas, confiando en que la escritura encontraría su propio rumbo.

### **Acerca del autor**

Elena Iglesias López (Madrid, 1978) escribe rodeada de libros, cafés y preguntas que rara vez encuentran respuesta. Le interesan los silencios que habitan entre las palabras y las pequeñas historias que se esconden en lo cotidiano, con la sospecha de que en los pequeños detalles se esconden las mejores historias. Este que presentamos es su primer relato publicado.

## Transformación

**E**staba muy nerviosa. Sabía lo que le iba a pasar. Su madre se lo había explicado detalladamente, sin paños calientes: todo el dolor que iba a sufrir, las molestias que tendría, absolutamente todo, porque quería que estuviera bien preparada. Era su primera vez y temía a lo desconocido y, aunque supiera cómo iba a ser, era algo que no había experimentado nunca.

Dejaron a su padre y a su hermano pequeño, Jim, en casa. Su padre estaba libre de la maldición y, de su hermano, aún no se podía saber; ya se vería cuando fuera más mayor.

Su madre la llamó.

—Chloe, tenemos que irnos ya, antes de que sea más tarde.

Se montó en el coche cabizbaja, acompañada por su miedo, que hasta ese momento no la había abandonado.

—No te preocupes —la animó su madre—, yo estaré contigo en todo momento. Ya sabes que con los años podrás controlarlo un poco, y esperaré a que tú hayas terminado.

Llegaron al bosque que Julia conocía bien, pues era adonde iba siempre que tocaba huir de la civilización. Aparcaron el coche y se adentraron donde los árboles eran más frondosos y espesos.

—¡Ya hemos llegado, Chloe! —le dijo su madre intentando animarla, aunque sin conseguirlo—. ¿Recuerdas todo lo que te he explicado?

—Sí, mamá —respondió con un hilillo de voz y lanzó un profundo suspiro—. Estoy preparada.

Se desprendió de toda su ropa, ya que no quería que se rompiera durante la transformación, y esperó la salida de la luna llena, que no tardó en llegar.

Le empezaron a doler todos los músculos y todas las articulaciones. Tenía la sensación de que le estaban tirando de todos los dientes a la vez; se le alargaban y se convertían en colmillos. La boca se le transformaba en un morro blanco y peludo.

Contempló a su madre, que estaba frente a ella. Eso la tranquilizó un poco. Estaba a su lado, sonriéndole, sin hablar, pero diciéndole: «Todo va bien».

Su cuerpo empezó a cambiar de una forma escalofriante, todo a la vez. Sus brazos y piernas adelgazaron y se transformaron en finas patas; su tronco mutó y se redujo hasta convertirse en el de un animal. También le creció una fuerte cola. Quedó cubierta de un pelo fuerte y blanco y, mientras duraba el proceso, Chloe sintió los peores dolores que había experimentado en su corta vida.

Acabada su transformación en lobo, su madre le habló:

—La primera vez es la más dolorosa. Eres una loba bellísima. ¿Te encuentras bien?

Chloe no podía hablar, pero asintió con su bella y blanca cabeza. Entendía perfectamente el lenguaje humano, aunque en ese momento no fuera una de ellos.

—Voy a transformarme yo ahora —le dijo su madre—. No te asustes por lo que veas. Será como contemplar tu propia transformación y podrás ver cómo es el proceso igual que si estuvieras frente a un espejo.

Julia se quitó la ropa y se transformó ante los ojos de Chloe. Su rostro no reflejaba el dolor que había

sufrido su hija, pero se notaba que algo sí dolía. Se convirtió en una bella loba de precioso pelo cobrizo.

Chloe por fin estaba tranquila. Había pasado lo peor y no era tan malo como se había esperado. Se sentía bien en su nuevo cuerpo de lobo.

Las dos se sentaron sobre sus patas traseras a contemplar la luna que llenaba el cielo esa noche.

### **Acerca del autor**

Encarni Prados Moreno (Granada, 1973) pronto encontró reconocimiento en diversos certámenes literarios. Treinta y ocho de sus cuentos forman parte del volumen colectivo *Cuentos para vagos. 365 historias para leer antes de dormir*. Además, desarrolla una intensa labor de crítica y recomendación literaria en redes sociales, con un firme compromiso en la difusión de la literatura contemporánea.

## Manos sucias

**L**ena la carretilla de estiércol. Quedan algunos restos de paja sobre el suelo, en medio de una mancha marrón que se ha ido extendiendo, y que M, su madre, intentará quitar luego con la manguera y una escoba dura. Deja la horca apoyada contra el seto, se escupe en las manos y se las limpia en el mono. Después agarra las asas de la carretilla, donde, sin darse cuenta, han vuelto a caer algunos pegotes de estiércol, de modo que siente la mierda escurrirse entre los dedos. Golpea la rueda de hierro contra el reborde de hormigón del portillo y cruje por el sendero de grava, pasando de la casa al patio enlosado y, más allá, al huerto del fondo, donde sus dos hermanos lo aguardan, apoyados en sus horcas.

—Pues, mira, el empollón se digna a echar una mano —dice T, el menor de los dos.

—Cuidado, que igual se te ensucian —dice W, el mayor—. Y eso no lo soportas, ¿eh? Las manos mugrientas, la mierda bajo las uñas.

Sí, piensa, tienen razón: no lo aguanto. Las manos pringosas, grasientas me ponen la carne de gallina; y la mierda bajo las uñas me hace vomitar. Tienen razón estos palurdos, soy un marica. Luego me paso una hora entera con las tijeritas rascándome la mierda de debajo de las uñas y, después, con jabón y un cepillo, restregándome hasta que no quede ni rastro del olor... ¿Y estos ahora de qué van con eso de que me digno a echar

una mano? ¡Echo una mano todos los días! ¡Me la casco como un loco, si eso no es echar una mano, que baje Dios y lo vea!

Al hermano T le falta un diente delantero, pero se ha encajado un paladar postizo con un diente de mentira para tapar el hueco. A veces lo empuja hacia delante y se saca el diente por fuera de la boca para asustar a la gente; da miedo de verdad. T es un artista pegando sustos, se esconde en los rincones más absurdos y salta chillando como un demonio. El otro día se subió al canalón de encima de la puerta de atrás y se lanzó rugiendo justo cuando el padre iba a abrir la puerta. Este le dio una buena tunda y lo mandó de una patada a las zarzas. Para que aprenda. Su padre sabe bien cómo dar palos y patadas. Y cómo guardar silencio. Cuando no hay faena y ha terminado de comer, se queda en la silla mirando al vacío, con uno o dos dedos levantados junto a la nariz, apuntando al cielo, como si fuera el mismísimo Salvador.

W, el mayor, sabe hacer de todo, sobre todo aserrar y dar en el clavo. Es el favorito de M, que bebe los vientos por él. También es muy diestro hinchando ranas con una caña por el culo, hasta que revienten, dice, y su hermanito, que se empapa en la escuela de cosas que luego no sirven de nada, se lo cree. Tiene miedo de que alguna vez le metan una pajita en el culo mientras duerme y que él también reviente. Una lluvia de mierda en su cara, piensa con rabia.

W también tiene maña para retorcerle el pescuezo a las gallinas. Las coge con una mano, las alza y con la otra les gira el cuello de un tirón. Chillan un momento, pero no les da tiempo a más, mueren pronto y luego se las pasa a T, que las despluma y les corta la cabeza, y

las lleva colgando de las patas a la cocina, dejando tras de sí un reguero de sangre sobre la tierra negra.

Mira a esos dos catetos con zuecos, y sabe que con una palabra fuera de lugar, se la harán pagar.

Se limpia otra vez las manos en el mono y se lleva la carretilla vacía hasta la calle, donde su padre lo espera con la última carga de estiércol. Y se acabará la faena. Coge una horca y le ayuda a cargar. El estiércol cae con un golpe sordo en la caja de madera. Cuando está llena, su padre agarra las asas: ahora la lleva él al huerto. También golpea la rueda de hierro contra el borde de hormigón, pero no con tanta fuerza como para que la carretilla salte de golpe y, al inclinarse para empujar el trasto rebelde, se le curva la espalda; se le ve viejo y flojo así, encorvado. Podría matarlo ahora mismo, piensa él. Matarlo así sin más, sin sentir nada.

Más tarde, con el mono colgando ya en el cobertizo, se encuentra en la cocina limpiándose las uñas con unas tijeras. Tiras marrones de estiércol seco caen al suelo. Pero quedan restos diminutos que sólo puede quitar cortando la uña hasta la piel. Luego se frota con un cepillo de uñas lleno de jabón Lagarto. Se enjuaga las manos y se huele con cuidado los dedos. Todavía huelen a mierda, aunque menos. Una vez más coge el cepillo y a frotarse otra vez. Esos dedos tienen que quedar impolutos, si no, no puede hurgarse la nariz.

Mientras lo hace, recuerda la gallina enferma que cuidó de niño. Era invierno y M la había traído a la cocina para que se calentara junto a la estufa y así tal vez se recuperara para volver a poner huevos. Cada mañana y cada tarde, al volver del colegio, la alimentaba e intentaba acariciarle la cabeza temblorosa. Tras unos días, ella se lo permitió y después incluso corría cloqueando felizmente hacia él cada vez que entraba. Se

recuperó y volvió al gallinero. Pero no volvió a poner huevos, así que fue directa a la olla. W vino, vio y le retorció el cuello. Él estaba allí, con las rodillas flacas temblando, pero sin mostrar emoción. Nada de lloriquear. La gallina cacareaba desesperada cuando W la agarró y la oyó claramente gritar «¡Socorro! ¡Socorro!». Estaba seguro de haberlo oído, aunque no fuera verdad. No hace falta que algo sea verdad para creerlo.

El sol sigue brillando y la tarde de sábado se extiende perezosa frente a él. Se sienta sobre el cubo de basura de hojalata apoyado contra la pocilga. El calor del metal, recalentado por el sol, le atraviesa los pantalones. De niño, una vez se quemó así los muslos, cuando aún llevaba pantalones cortos. Todavía recuerda exactamente dónde estaban esas quemaduras, todavía las siente.

A través del silencio susurrante se oye, a lo lejos, el golpe de una pelota contra la pared, un grito breve o una carcajada aguda como un latigazo, apagados en el aire cálido y espeso del verano. Piensa en aquellas veces cuando, en verano, se tumbaba solo bajo un árbol que filtraba la luz del sol. O aquella vez que, en mitad del bosque, al borde de un estanque, se quitó la ropa y se zambulló en el agua grasienta, para luego cascársela en la orilla. La sensación de libertad que aquello le dio, una libertad embriagadora, acompañada del pensamiento murmurante, casi inaudible: así debería ser para siempre. Pero Dios castiga tales debilidades de la carne, lo sabe, arderá en el abrasador fuego del infierno, con llanto y crujir de dientes, está condenado para siempre, el pervertido. Entonces, el vapor de la vergüenza se eleva desde recovecos secretos, esa vergüenza tan abrasadora como el mismo infierno. Sí, tiene un gran talento para la vergüenza, y así puede

desfogarse plenamente. Todo placer conduce a la vergüenza, de eso también está seguro.

En la época de los pantalones cortos, solía sentarse aquí a menudo con W y T. Había algo entre ellos dos, un vínculo misterioso en el que también quería entrar, pero del que siempre lo excluían. Sucedió, por ejemplo, que habían ido a algún lado, por la noche después de las siete — cuando él ya tenía que estar en la cama —, y habían visto algo a lo que él aún no tenía acceso, como alguna obra de teatro de un grupo de aficionados en el centro parroquial. Luego repetían a gritos algo que oían allí y se partían de risa; T con un chillido agudo, mostrando el hueco negro entre sus dientes delanteros, porque entonces aún no llevaba la placa pegada al paladar. Él aún era tan inocente como para preguntarles de qué se trataba, pero no se lo decían a propósito, los muy paletos. El vínculo se cerró.

Una de aquellas frases no la olvidaría en toda la vida. «¡Oh, Lisa! — había exclamado W —, ¡Sammie no quiere morir!». Ya era lo bastante listo como para no preguntarles qué significaba aquello, pero la frase lo atravesó como una daga; tenía una belleza gélida y trágica, no dejaba de resonar en su cabeza. Más adelante, con cada revés en la vida, murmuraría esa frase para sí: «Oh, Lisa, Sammie no quiere morir», incluso cuando aquellos dos Sammies, que no tenían ni idea de lo que decían, llevaban ya mucho tiempo muertos.

El vínculo que esos dos tenían era, sobre todo, un vínculo para fastidiar. Eran dos matones consumados, aunque diferentes entre sí. Las bromas de W eran más del tipo de tortura a criaturas inferiores como ranas o sapos, mientras que las de T eran una versión derivada, acoso de segunda mano, diluida, una imitación tardía de lo que hacía W. Pero ya fueran de primera o de

segunda mano, él no las soportaba, se le ablandaba la entrepierna y se largaba o miraba hacia otro lado, lo que le valió el apodo de “meón” o “vomitón”, porque en algunas ocasiones incluso tenía arcadas. Este último apodo, sin embargo, no se consolidó del todo ni se volvió verdadero hasta que, una noche, vomitó en la cara de T, con quien compartía cama. Fue por culpa del chocolate caliente y dulce que les habían dado en grandes tazas humeantes después de patinar. Había bebido tanto que la barriga le chapoteaba, y de puro cansancio se había quedado profundamente dormido, para luego sentirse mal y mientras dormía lanzar un grueso chorro marrón de vómito en toda la cara de T. Al principio se sintió culpable, pero pronto aquello se transformó en una profunda satisfacción: no tenía el valor ni la fuerza para vengarse de T, pero Dios le había ayudado, porque Dios castiga siempre y lo hace de inmediato, como solía decir M.

Otra cosa que W sabía hacer bien era arrancarles las plumas a los pajaritos, sobre todo las plumas de vuelo, así no podían volar más y se quedaban saltando impotentes por el suelo, a merced de los gatos. También eso les parecía la monda. Pero una vez —hay que decirlo— capturó el pollo de una grajilla y, en lugar de arrancarle las plumas de vuelo, se las cortó con tijeras. Luego lo instaló en la despensa y le daba de comer lombrices que buscaba de madrugada y guardaba en una vieja cafetera oxidada. Cuando las plumas le volvieron a crecer, la joven grajilla echó a volar, pero ya estaba domesticada y seguía rondando la casa, esperando a W para que le diera sus lombrices, rojas como llamas, que W primero le hacía colgar burlonamente delante del pico abierto de par en par. El pájaro se llamaba Tian. W aún recordaba cuán temblorosamente enamorado estaba de

esa criatura aleteante que se posaba en su hombro o en su cabeza y lo acompañaba volando cuando iba al colegio. Al colegio en pantalones cortos. Y cuando salía, caminaba por el camino de tierra de regreso a casa escudriñando las nubes, buscando ese pequeño punto negro que, al escuchar su llamada, bajaría chillando en picado para aterrizar sobre su hombro. «¡Tiáán! ¡Tiáán!». Miraba entonces triunfante a sus compañeros cuando la grajilla, aleteando y girando, se posaba sobre su cabeza o su hombro.

Pero eso también se terminó. En septiembre empezó la migración y su amigo alado desapareció entre las crecientes y dispersas nubes de aves que cruzaban el cielo rumbo al horizonte. Durante días estuvo gritando su nombre desde el fondo del huerto, arrancando grandes carcajadas a sus hermanos. Tian nunca volvió y nunca hubo otra grajilla, ni el verano siguiente ni jamás. M lo había prohibido: Tian tenía la costumbre de posarse entusiasmado sobre su cabeza cada vez que ella volvía tras unas horas de ausencia, y entonces, por los nervios, le cagaba siempre en su permanente.

Se baja del cubo de basura y sale a la calle, sin rumbo, da igual adónde, izquierda o derecha. Sopla un viento fuerte y decide darle la espalda y caminar con él, junto a los árboles que se inclinan hacia la lejanía. Sabe que no se inclinan por el viento: lo hacen porque quieren irse, avanzar paso a paso hacia un destino anhelado. Pero no pueden, están atados a esta tierra, como él. Ese destino debe ser muy deseable, piensa, porque llevan haciéndolo desde hace tanto tiempo, tanto como él ha vivido, como vivieron sus padres, como vivieron sus antepasados, desde el inicio de la creación. También él quiere ir allí, algún día. Es allí donde todo ocurre, aquí nunca pasa nada.

A su derecha, un poco más adelante en la calle, está la casa de P, quien una vez, cuando él era aún un crío, lo había levantado y restregado la nariz en una caca de perro. Todavía la huele. El padre de P una vez le había mostrado lo fácil que era matar a un gato. Lo agarrabas y le dabas un tirón fuerte a su cabecita para que crujiera y ¡hop!, estaba muerto. De hecho, lo hizo; lo hizo en ese momento con su propio gato, que ya era muy viejo para cazar ratones y ratas. El gato estaba muerto, eso se veía, pero su cabecita era la misma, estaba acostado igual que cuando dormía. «Dormido en la muerte», pensó. Para el animalito no había fuego del infierno, solo muerte, muerte, nada más. Qué gracia, qué liberación, bien pensado. Tal vez allí era donde debería buscar su vínculo.

Al final del camino de tierra, a la derecha de la primera granja, hay un bosquecillo de matorrales llamado El Bosquecillo, y en medio una choza miserable que en su día comenzó su existencia como gallinero. Allí vivía, en su primera infancia, D, una vieja viuda sin hijos, con apenas dos dientes en la boca murmurante. En la choza no había agua corriente ni retrete. Para el agua, D iba cargando cubos hasta la granja, un poco más allá, y hacía sus necesidades entre los arbustos del bosquecillo. Había, eso sí, una estufa de hierro, que también usaba para cocinar. M no le dejaba ir a ver a D, porque decía que era sucia y que propagaba piojos y pulgas, pero él lo hacía a escondidas, porque ella le daba caramelos y galletas de bizcocho, lo llamaba “mi zagalico” y le acariciaba la cabeza. Esas galletas las espolvoreaba con azúcar, después de haberlas untado con saliva porque no tenía dinero para mantequilla ni margarina. Sabían igual de bien, y además le dejaba hojear revistas, colorear libros para pintar y leer cómics que un comerciante

de papel usado le guardaba. Y había entablado una amistad profunda con sus dos grandes perros, que al nacer habían recibido la misión de aterrorizar a todo aquel que se acercara a ella sin buenas intenciones. Ambos cuadrúpedos apoyaban fielmente sus grandes cabezas babeantes sobre su regazo cuando él se sentaba a leer, mientras D se movía por su choza soltando pedos. Estaba seguro de que en una vida anterior ella había sido su madre, o de que lo sería en algún futuro.

A la izquierda está la casa con la familia de diez hijos y una abuela anciana como el tiempo. Allí siempre hay jaleo. Beben y ríen; los hombres, cuando están borrachos, se suben a la mesa para entonar entre lágrimas alguna canción incomprensible, y las mujeres se abren de piernas para ponerse las medias de nailon, subiéndose las faldas hasta la entrepierna. La abuela, viejísima, no lleva ropa interior y siempre orina de pie, con las piernas abiertas sobre las baldosas del patio trasero, salpicando por todas partes; mientras tanto, en su rostro brilla invariablemente una sonrisa de intensa satisfacción. Y en medio de toda esa bulla en la casa hay también gallinas, conejos y una perra lulú que, cuando entra en celo, atrae a una manada de perros vagabundos que rondan la casa con sus lápices en ristre. Es un animal bonachón y fiel, no decepciona a ninguno de esos machos, y siempre recibe debidamente su semilla para acabar dejando una camada de cachorritos en el fondo del cobertizo. Ese es un problema, siempre lo es, que se resuelve con la intervención del hijo mayor, que toma la pala y mata toda la camada de uno o dos golpes. Cuestión de un momento. «Si hay un problema, también hay una solución — decía él —. Donde hay voluntad, hay un camino».

Piensa otra vez en el misterioso vínculo entre W y T. La pregunta del millón con la que lucha es: ¿Cómo lo hacen? ¿Cómo funciona, cómo se crean esas cosas? No puede comprenderlo, del mismo modo en que no puede alcanzar las nubes para sentir si realmente son tan suaves como el algodón. Y al igual que las nubes, tales cosas oscurecen el sol, el sol de la vida, la felicidad temblorosa de los días melancólicos con olor a tierra y a plantas, el lejano mugir de las vacas, el trino y el aleteo de los pájaros... Esos momentos de adoración silenciosa que uno querría atrapar en la mano para no soltarlos nunca más. El poder del vínculo que da la fuerza para tiranizar a alguien que está solo. Así se siente él: solo, como solo puede sentirse un dios o un ser completamente fútil. «Ya te pillaré», piensa vengativamente, aunque no sabe a quién va dirigida esa amenaza. Pero ya llegará el momento.

H, uno de los diez hijos de la familia, que tiene más o menos su misma edad, está más adelante, junto a la granja, bajo el olmo inmensamente alto que lleva toda la vida velando como un centinela sobre la aldea.

H tuvo una vez tuberculosis durante casi un año, por lo que tuvo que “curarse”, es decir, guardar cama en una habitación en la planta baja, junto a la ventana, para poder ver algo del mundo exterior. Él había ido a visitarlo allí todos los días durante el verano, para hablar de tonterías que había leído en los libros. Ese había sido su vínculo, el único de su vida. Pasaba horas apoyado en el alféizar de aquella ventana corredera, conversando con su único interlocutor de la aldea, mientras los demás niños seguían correteando y husmeando por ahí. A ambos los ignoraban. Demasiado ocupados. Después del verano, cuando la tuberculosis había desaparecido, H volvió a reunirse con sus antiguos

amigos: al fin y al cabo, era algo mayor que él y estaba un curso por encima. Apenas volvieron a hablar. El vínculo se rompió.

Camina hacia el olmo; pequeñas nubes de arena se levantan detrás de sus talones intentando, en vano, seguirle el paso. Le señala a H el gran nido de urraca en la copa del árbol. Ambos son buenos cogiendo nidos de pájaros; y los de urraca parecen fáciles, porque son tan grandes como ruedas de carreta, así que se ven de lejos. Pero en realidad suelen ser muy difíciles de vaciar porque están muy altos, donde el tronco ya se ha afinado y no queda más que una ramita que se balancea, y también porque son tan anchos que hay que rodearlos completamente con el brazo para alcanzar los huevos. Esto último implica colgarse de un lado en la copa del árbol, lo que hace que el nido se incline y los huevos puedan caerse; además, se corre el riesgo de caer uno mismo. Un pie que resbala, una rama que se rompe y el encuentro con la muerte se acelera notablemente. Él mismo lo había intentado. Había llegado hasta las últimas ramas donde aún se podía estar de pie y, si se estiraba, podía tocar el nido. Pero no se había atrevido a ir más allá.

H tiene una cabeza carnosa, cuadrada como una caja, con labios gruesos y húmedos.

—Aún no he conseguido vaciarlo —le dice—. No hay forma, lo he intentado.

—No llegas tú, claro —responde H—. Pero no quiere decir que otro no pueda. Yo una vez vi a alguien sacar exactamente un nido así de un olmo igual de alto. Así que se puede, pero hay que saber hacerlo.

Como respuesta, escupe al suelo.

—Si yo no puedo, nadie por aquí puede —dice con sequedad.

H lo mira frunciendo el ceño.

— Presumir, eso sí que se te da bien. Pero trepar es otra cosa —le suelta con desdén.

— ¡Ah, sí! Pues hazlo tú entonces — responde.

— ¿Y por qué lo iba a hacer?

— ¡No te atreves, cobarde! — grita —. ¡Al menos yo lo he intentado!

H lo mira con desprecio y le suelta un puñetazo en pleno pecho. Casi cae de espaldas al suelo. Entonces ve cómo H da un salto y se aferra al tronco del árbol con brazos y piernas. Avanza luchando un poco hasta alcanzar la primera rama, a la que se sube, y luego trepa ágilmente de rama en rama hasta llegar a las ramitas más altas del olmo. Allí duda. Aun así, estira la mano hacia el nido, pero la copa cede demasiado. Baja de nuevo a la rama donde antes apoyaba el pie derecho para empezar a descender.

— ¿Lo ves? —le grita desde abajo—. ¡Te lo estás haciendo encima! ¡Déjame hacerlo a mí!

Puede sentir la rabia de H hervir allá arriba, en lo alto del árbol. Furioso, vuelve a estirar el brazo hacia la copa.

Y entonces sucede. La ramita que sujeta con la mano izquierda se dobla por su peso y el pie derecho, que quería recuperar apoyo en la rama anterior, resbala. Mientras el viento contiene el aliento, cae de espaldas desde el árbol, rebotando entre las ramas, que le rompen la caída y, a lo mejor, también la espalda. Cae al suelo con los brazos extendidos a los lados, como un crucificado. Tiene los ojos cerrados; parece ileso, pero no se mueve ni respira. No hay nada llamativo en él, salvo dos gruesas gotas de sangre en su nariz, rojas como las lombrices de Tian.

Se da la vuelta y camina de regreso a casa.

Tiene que avisar a alguien.

Y luego se irá adonde las cosas ocurren, donde sopla el viento y hacia donde se inclinan los árboles.

Aquí nunca pasa nada.

*Traducción del holandés realizada por Sara Montero Annerén, con el auxilio de Ricardo Díez Pellejero y Juan Vicente Piqueras Salinas.*

### **Acerca del autor**

Jos den Bekker (Países Bajos, 1946) cursó estudios de traducción de español e inglés y de Lingüística en la Universidad de Ámsterdam. Es profesor en la Escuela de Traductores y ha traducido del español novelas de, entre otros, Javier Cercas, Evelio Rosero, Héctor Abad y Eduardo Mendoza, y del inglés a Peter Ackroyd, Chuck Palahniuk, Mordecai Richler y Pat Barker.

## Aldo Moro

**L**a professoressa aveva appena aperto il registro di classe. La borsa di pelle nera lucida sulla cattedra. Un sacchetto con una scatola di scarpe dietro la lavagna. Le penne, una nera e una rossa, tirate fuori lentamente. Un pacchetto di Muratti. Un portacenere da svuotare nel cestino.

Una giornata normale. A parte la tensione per una probabile interrogazione in matematica, perché alla fine uno dei tre volontari non era venuto a scuola e allora c'era il rischio di finire nella lotteria del dito che scorreva sui nomi. Lei era piccolina e grassoccia, i capelli gonfiati dal vento, un rossetto viola squarciava il viso rotondo, acceso a intermittenza da un tic nervoso all'occhio.

Era appena cominciata la seconda ora; dopo fisica toccava a matematica finanziaria, l'altra materia del suo corso. L'orologio faceva le nove e mezza. Hanno bussato alla porta mentre la professoressa stava dicendo di prendere il libro. Era il vicepresidente. Si è avvicinato alla cattedra. Ha sussurrato qualcosa. Si è girato verso di noi, aveva il volto triste: «Hanno rapito Aldo Moro». Ci siamo guardati negli occhi come se ciascuno di noi fosse diventato parte di un unico corpo. Almeno io ho avuto questa sensazione.

«Sono state le Brigate Rosse. Hanno ammazzato pure cinque poliziotti. A casa ne saprete di più dalla televisione. Le lezioni sono interrotte. Con calma uscite dalla classe».

Il silenzio è diventato un istante infinito. Una dimensione sconosciuta che somigliava tanto a un respiro trattenuto a lungo. Mi stavo guardando dall'alto. Non so quanto tempo è durata questa sensazione. Mi sono ritrovato sull'autobus con Carmelo; lui era cresciuto nell'Azione cattolica della Cattedrale e mi aveva sempre parlato di Moro. E io gli parlavo invece di Berlinguer. Ero convinto che fra i due potesse nascere un'intesa per il bene del Paese, per sconfiggere il marciume politico di Andreotti e compagni. Ma lui diceva che coi comunisti non si sarebbero mai fatti accordi «perché sono senza Dio».

Quando sono arrivato a casa, la televisione dava le immagini del rapimento, i proiettili a terra, la macchina di traverso. Moro chissà dove. E il primo manifesto delle Brigate Rosse con la stella a cinque punte. Lo avrebbero liberato?

Cosa avrebbero chiesto in cambio? Forse ci sarebbe stato un colpo di Stato. I carabinieri, l'esercito avrebbero preso il potere come era accaduto in Cile e in Argentina? Il golpe dei fascisti, il coprifuoco, i giornali chiusi. Oppure il golpe dei comunisti di Mosca che, con la scusa di eliminare Moro, avrebbero preso in pugno l'Italia, che sarebbe diventata come Berlino Est? Come quei film di spionaggio che davano alla televisione con la gente triste che non poteva passare dall'altra parte del muro e si doveva accontentare di mangiare pane e patate. In televisione Enzo Biagi spiegava i rischi che correva la democrazia. Avevo paura.

Provavo un sentimento di pericolo che mi stringeva il petto. Avevano rapito Aldo Moro, il presidente, quello col ciuffo bianco che parlava di tante cose, ma era difficile capire esattamente cosa volesse dire. E quando lo vedevo in televisione mio padre diceva che

ogni sua parola era diretta a qualcuno del suo partito, la Democrazia Cristiana. Avevano rapito il mio Paese, si temeva ora una guerra civile. Alle dieci di sera ha squillato il telefono. Era Saverio, un compagno di classe. Pensavo che volesse condividere con me le paure di quella giornata infinita. Invece mi ha chiesto se il giorno dopo c'era sciopero, perché lui nel pomeriggio era uscito con la ragazza e non aveva studiato. «E dopotutto non è così male quello che è capitato ad Aldo Moro, perché così saltiamo il compito d'inglese».

Ho riattaccato. Senza pronunciare una parola.

## **Aldo Moro (Traducción del italiano)**

**L**a profesora acababa de abrir el libro de clase. El bolso de piel negra y brillante sobre la mesa. Una bolsa con una caja de zapatos detrás de la pizarra. Los bolígrafos, uno negro y otro rojo, sacados con calma. Un paquete de Muratti. Un cenicero para vaciar en la papelera. Era bajita y rechoncha, con el pelo inflado por el viento. Un pintalabios violeta le cruzaba el rostro redondo, iluminado a intervalos por un tic nervioso en el ojo.

Un día normal, salvo por la tensión de un posible examen de Matemáticas; al final uno de los tres voluntarios no había ido a clase y existía el riesgo de acabar en la lotería del dedo que se deslizaba por la lista de nombres.

Acababa de empezar la segunda hora. Después de Física tocaba Matemáticas Financieras, la otra asignatura de su curso. El reloj marcaba las nueve y media. Llamaron a la puerta justo cuando la profesora nos estaba diciendo que sacáramos el libro.

Era el vicedirector. Se acercó a la mesa, susurró algo y luego se volvió hacia nosotros con el rostro triste:

—Han secuestrado a Aldo Moro.

Nos miramos a los ojos como si cada uno de nosotros se hubiera convertido en parte de un mismo cuerpo. Al menos yo tuve esa sensación.

—Han sido las Brigadas Rojas. También han matado a cinco policías. En casa sabréis más por la televisión. Se suspenden las clases. Salid del aula con calma.

El silencio se volvió un instante infinito. Una dimensión desconocida, muy parecida a una respiración contenida durante demasiado tiempo. Me observaba desde fuera. No sé cuánto duró aquella sensación.

Me encontré en el autobús con Carmelo. Él había crecido en la Acción Católica de la Catedral y siempre me hablaba de Moro. Yo, en cambio, le hablaba de Berlinguer. Estaba convencido de que entre los dos podía surgir un entendimiento por el bien del país, para acabar con la podredumbre política de Andreotti y compañía. Pero él decía que con los comunistas nunca se harían acuerdos, «porque no tienen a Dios».

Cuando llegué a casa, la televisión mostraba las imágenes del secuestro: los casquillos en el suelo, el coche atravesado. Moro, quién sabe dónde. Y el primer comunicado de las Brigadas Rojas con la estrella de cinco puntas.

¿Lo liberarían? ¿Qué pedirían a cambio? ¿Tal vez habría un golpe de Estado? ¿Los policías o el ejército tomarían el poder, como había ocurrido en Chile o en Argentina? ¿Un golpe fascista, con toque de queda y periódicos cerrados? ¿O el golpe de los comunistas de Moscú que, con la excusa de eliminar a Moro, se apoderarían de Italia y la convertirían en algo parecido a Berlín Este? Como en aquellas películas de espionaje

que daban en televisión, con gente triste que no podía pasar al otro lado del muro y tenía que conformarse con comer pan y patatas.

En televisión, Enzo Biagi explicaba los riesgos que corría la democracia.

Tenía miedo. Sentía un peligro que me oprimía el pecho. Habían secuestrado a Aldo Moro, el presidente, aquel hombre del mechón blanco que hablaba de muchas cosas, pero al que era difícil entender exactamente qué quería decir. Y cuando lo veía en televisión, mi padre decía que cada una de sus palabras iba dirigida a alguien de su partido, la Democracia Cristiana. Habían secuestrado a mi país. Ahora se temía una guerra civil.

A las diez de la noche sonó el teléfono. Era Saverio, un compañero de clase. Pensé que quería compartir conmigo los miedos de aquella jornada interminable. Pero me preguntó si al día siguiente había huelga, porque por la tarde había salido con su novia y no había estudiado.

—Y, al fin y al cabo, tampoco está tan mal lo que le ha pasado a Aldo Moro, porque así nos libramos del examen de inglés.

Colgué. Sin decir una sola palabra.

### **Acerca del autor**

Giacomo Pilati (Italia, 1962) es periodista y escritor, colaborador de periódicos y revistas culturales. Su narrativa, profundamente ligada a Sicilia, explora la memoria individual y la historia reciente de Italia, y ha publicado numerosos relatos donde la experiencia personal se entrelaza con la memoria colectiva.

# POESÍA

## Geografía

Navegaré los mares de tu pelo  
por perderme en la miel de tu mirada.  
Recorreré tus labios con mil besos  
para nadar en tu sonrisa blanca.

Estudiaré el mapa de tu universo  
para abrir caminos entre montañas.  
Igual que el soplo cálido del viento  
surcaré los desiertos de tu espalda.

Por el valle entre colinas, estrecho,  
que lleva donde nace la mañana,  
llegaré al oscuro lugar secreto  
donde se recoge el calor del alma.

Trazo la geografía de tu cuerpo  
midiendo las distancias con mis armas  
las que gané con experiencia y tiempo  
para, en cada viaje, ganar tu gracia.

### **Acerca del autor**

Óscar Fernández García (Madrid, 1963) es licenciado en Geografía e Historia y profesor de Secundaria. Tiene varias obras publicadas en las que explora, con sensibilidad, el paso del tiempo, la memoria y la emoción íntima. Ha orientado su poética hacia la recuperación de las formas clásicas de la métrica.

## **Mi dolor**

Los moratones y las cicatrices son solo marcas.  
Se ven. Se reconocen.  
La gente es capaz de intuir  
si aquello o lo otro.

Pero el dolor no,  
el dolor es transparente-casi-invisible,  
acaso una vibración en el rostro  
o una súbita contracción del vientre.  
Por eso hay que nombrarlo, decir MI DOLOR,  
reivindicar su existencia como parte  
de un compromiso con la salud pública,  
porque a menudo ni siquiera  
los diagnósticos médicos o el amor lo creen.  
Por eso cada día cruzo las puertas del metro  
y salgo al campo de batalla.  
Encaro este pulso entre la normalidad con prisas y el  
[dolor y yo.  
Asisto a él como las mujeres acuden cada día a trabajar:  
con uñas, con dientes.

Este mi compromiso político:  
hacer que corra una suave brisa en los ojos,  
que se vea lo que golpea dentro.

MI DOLOR es mi dolor y existe:  
existe más que yo.

### **Acerca del autor**

Ana Castro (Córdoba, 1990) es poeta, periodista y columnista, y enseña escritura creativa. Varias veces premiada en certámenes literarios españoles, ha coordinado y antologado diversas obras de poesía contemporánea. En su obra, el sufrimiento y vivir con dolor crónico ocupan un lugar central.

## Il trenino fantasma

Quando il Luna Park arrivò in città, non se ne accorse nessuno. Spuntò nel piazzale sterrato di fianco alla vecchia ferrovia, un giorno di metà settimana. Era stato allestito in una notte o forse due, nella bruma di novembre. Poche attrazioni acciaccate, qualche banco per i dolciumi, le frittelle, gli hot dog.

Per primi lo scoprirono le Coppiette di adolescenti di ritorno da scuola. Poi vennero le famiglie chiosose, le file per gli autoscontri, e le sfide al Pugno di ferro.

Nel secondo fine settimana nessuno si chiedeva più da dove fossero spuntate quelle giostre barocche, e qualcuno sosteneva convinto che fossero lì da parecchio tempo. In mezzo al piazzale c'era un imponente pendolo fitto di luci, che ruotava su tre assi promettendo un'esperienza mozzafiato per i più coraggiosi, proiettati in aria e poi scagliati a terra a testa in giù. Le loro urla scandivano il tempo nel lato est del parco.

Poche decine di metri più in là, la situazione era più tranquilla, tra le giostre su misura per famiglie e bambini. E in mezzo a questi due piccoli mondi di neon e lamiera, c'era il Trenino Fantasma.

Il passante distratto lo poteva riconoscere in una sola occhiata. Lo aveva visto in città, magari tanti anni prima, quando era bambino. Sette vagoni dipinti con colori accesi, con occhi e zanne di pesci mostruosi. Di fronte, una smisurata Morte di gomma, incappucciata, con occhi a LED e falce pronta a calare sugli sventurati.

L'ingresso della galleria era quello di una miniera *naif*, e si sentivano le grida dentro, ovviamente registrate. Tutto era come un tempo, forse giusto le fiamme che avvolgevano i dannati sulla fiancata del furgone con la cassa erano state ridipinte.

Il tizio al di là del vetro non sembrava neanche il classico giostraio. Gli occhiali da sole, il berretto stinto calato in testa, i ciuffi di capelli unti e la barba sfatta: un camionista macinato da centinaia di chilometri che chissà per quale patto stava dando il cambio a un amico.

Sempre l'incauto passante, magari al primo vero appuntamento, con lo zucchero filato in mano, poteva riconoscere il messaggio perentorio sul gabbiotto: vietato l'ingresso ai minori di 12 anni non accompagnati. E dunque davanti al vetro rigato si mettevano in coda i bambini più impavidi, con papà o mamma a seguito, e i ragazzini più grandi, che si portavano le compagne di classe per farle spaventare e ne uscivano dicendo che era una delusione.

La domenica in cui la giostra si bloccò per più di un'ora, i bambini all'interno erano quattro e tre gli adulti. Sull'ultimo convoglio a forma di pesce mostruoso, l'ultimo a sparire nel buio del tunnel, c'era una coppia di sedicenni.

Per dirla tutta, si conoscevano di vista da anni, ma quello era il loro primo appuntamento.

Entrambi frequentavano un Istituto Tecnico non lontano dal Luna Park, e un pomeriggio alla fermata dell'auto-bus lui le si era avvicinato con una tensione pari solo a quella pre-compiti in classe e le aveva detto ciao.

Sara si era levata un auricolare e la musica era scivolata fuori. Lo aveva salutato sorpresa, guardandosi istintivamente intorno per valutare la situazione. Sapeva chi fosse Riccardo, perché in prima piaceva a una sua compagna. Era

carino, infatti, forse ancora più carino senza gli occhiali. E anche un taglio di capelli diverso non avrebbe guastato. Ma aveva gli occhi gentili, anche nella nebbia fuori dalla scuola. E sembrava nervoso.

«Se ti va un giorno facciamo un giro», le stava dicendo.

Le andava. Avevano atteso l'autobus dicendosi poche altre parole. Solo prima di scendere, Riccardo le aveva chiesto il numero e le aveva fatto uno squillo.

Si erano scritti da quel momento fino a tarda sera. Decisamente lui se la cavava meglio a scrivere; la faceva ridere, e non succedeva da un po'.

Il Luna Park fu un'idea sua. L'appuntamento - strano chiamarlo così - era all'ingresso, di fianco al Tiro a segno. Lei si era pentita immediatamente di aver messo le scarpe nuove: non pioveva da settimane e lo sterrato era più polveroso del previsto.

Avevano passeggiato badando bene a non sfiorarsi, parlando della scuola, dei genitori e di altre cose terribili. Nel labirinto di specchi lei gli aveva afferrato una manica, prima che si schiantasse sulla superficie coperta di ditate. E più tardi, sulla versione in miniatura delle Montagne Russe, circondati da ragazzini urlanti, aveva fatto in modo che la sua gamba aderisse ai jeans impolverati di lui. Riccardo l'aveva guardata, i capelli scompigliati dalla gravità intermittente. Desiderò che quella giornata durasse ancora a lungo.

«Di là ci sono solo le giostre per i bambini» aveva detto lei, ma Riccardo le aveva indicato il Trenino Fantasma. Le urla registrate si sentivano da lì.

«Ci andavo con mio papà, da piccola.»

«Anche io.»

In effetti, in quel momento di fronte al gabbiotto di vetro c'erano solo genitori con figli piccoli. Ma poco importava:

era pur sempre un tunnel, ed era buio. Lui controllò le monete nel portafoglio. «Questa la offro io», disse.

Il tizio in cassa aveva qualche problema agli occhi. Continuava a strofinarsi con vigore il destro, tanto che la palpebra si era arrossata. Era enorme, all'interno dell'abitacolo, schiacciato tra la cassa e due monitor in bianco e nero collegati alle telecamere interne. Frugava con le dita sporche e tozze tra monete di resto e gli avanzi di cibo. Non alzò neanche lo sguardo verso i due ragazzi. Si strofinò ancora l'occhio e si guardò le dita come se si aspettasse di vedere qualcosa. Dopo di loro premette il tasto grigio del microfono e gracchiò: «Completo.»

I bambini e i genitori si sedettero sui primi convogli. Riccardo scelse l'ultimo.

«Se fa paura non ti parlo più», gli disse Sara.

Una fastidiosa sirena di allarme annunciò la partenza. La porta di plastica si spalancò di colpo, mostrando il ventre buio della giostra. Il trenino si mise in moto con uno strattone.

Quello fu l'inizio. La fine non fu una sola.

Quando, più di un'ora dopo, i vigili del fuoco riuscirono a entrare, i bambini avevano smesso di piangere. Le torce illuminarono i diavoli grotteschi sulle pareti di cartapesta, gli scheletri nelle gabbie e tutti quei ragazzini seduti, con gli occhi spalancati e ancora gonfi di pianto. Faceva molto caldo dentro, come se il sistema di riscaldamento - ammesso che ne esistesse uno - si fosse guastato.

Subito dopo il blocco, il proprietario della giostra aveva provato per quasi venti minuti a riavviare il treno, e successivamente ad aprire i due ingressi, senza successo. Aveva bestemmiato contro il pulsante di emergenza fino a quando, di fronte a un capannello di

ragazzetti odiosi, era stato costretto a incollare il cartello CHIUSO sul vetro sporco e aveva chiamato i soccorsi. Mesi prima, un calo di corrente aveva messo fuori uso due attrazioni minori, e il generatore era saltato lasciando al buio qualche gazebo al centro del piazzale. Anche in quell'occasione il Trenino si era fermato, ma era scattato lo sblocco di emergenza delle porte. Il tutto per tre o quattro minuti, prima di riprendersi. Per qualche maledetta ragione, le cose questa volta erano andate in modo diverso. Erano già passati otto minuti, e certi bastardelli là davanti avevano sfilato dalle tasche i telefoni e avevano iniziato a fare foto e video e chissà cos'altro.

«Levatevi dalle palle» aveva grugnito trascinandosi verso l'ingresso principale. Aveva spinto con tutta la forza, cercando di infilare le dita nelle fessure di chiusura, ma quella stupida porta non si era spostata di un millimetro. Dall'interno sentiva delle voci concitate e ovviamente qualche bambino che si era messo a frignare.

Come se non bastasse, l'occhio gli prudeva più che mai e aveva preso a spurgare.

Diede un'ultima spallata rabbiosa e istintivamente portò la mano al mazzo di chiavi che portava legato alla cintura. Forse c'era una soluzione, doveva solo farsi largo tra quegli idioti con i cellulari e arrivare sul retro.

L'uomo dei soccorsi arrivò dopo quasi quaranta minuti. Una bambina si spaventò vedendo la figura scura staccarsi dalle altre ombre del tunnel. All'inizio sembrava una di quelle sagome di gomma che erano rimaste bloccate a mezz'aria. Le luci di servizio non si erano spente, per fortuna, ma tingevano il percorso dei binari di un rosso sinistro. Tutto era rosso e nero. Quando i genitori si erano alzati, per cercare un'uscita di emergenza o per battere inutilmente sulle porte, quella

luce aveva proiettato le loro ombre oblique e folli, spaventando ancora di più i bambini. Nessuna porta. Nessuna luce, oltre a quella di servizio, che ora illuminava l'uomo dei soccorsi, spuntato da chissà dove.

Riccardo vide prima l'ombra del soccorritore, e per la prima volta ebbe paura. Ma si diede immediatamente dello stupido: era un uomo, ovviamente, ed era lì per tirarli fuori. Lo osservò mentre si avvicinava agli adulti nel primo vagoncino, che gli chiesero da dove fosse entrato, e se era dunque possibile mettere fine rapidamente a quella brutta avventura. No, l'ingresso che aveva utilizzato era troppo pericoloso per essere utilizzato: era una sorta di botola che permetteva di strisciare sotto alla giostra. Troppo difficile per i bambini, praticamente impossibile per gli adulti non esperti. Ma per fortuna, le porte principali si sarebbero aperte a breve.

Riccardo non riusciva a vederlo bene in viso, ma era sicuro che non fosse l'uomo della cassa. Troppo magro, troppo alto.

«Non male come primo appuntamento», sussurrò Sara, lì di fianco.

Stava sorridendo ma sembrava un po' tesa, o almeno così parve a lui, nel bagliore rossastro.

Cercò qualcos'altro di divertente da dire, ma non gli venne in mente nulla. Osservò in silenzio il tizio dei soccorsi che camminava di fianco al treno, premendo la schiena contro la parete e chinandosi per parlare con i bambini, dando pacche rassicuranti e scompigliando capelli. Qualunque cosa stesse dicendo, sembrava funzionare: la bambina bionda aveva smesso di piangere, tutti si erano riseduti ai propri posti e gli adulti avevano smesso di battere come dei forsennati sulle pareti

di vetroresina, facendo vibrare le ragnatele finte e le ossa di gomma.

Quando fu di fianco a loro, Riccardo notò che gli abiti dell'uomo erano sudici. Si chiese quanta immondizia si fosse raccolta negli anni sotto quell'installazione di lamiera, e quanto fosse stato spiacevole doverla attraversare. L'uomo chiese i loro nomi. Disse che di lì a un quarto d'ora le porte sarebbero state aperte, in un modo o nell'altro. I vigili del fuoco avrebbero usato un ariete, se necessario, come nei film.

Poi si chinò come per rivelare qualcosa di riservato. «Guardate», disse.

Riccardo e Sara videro i suoi occhi.

Venti minuti più tardi, la porta principale venne forzata.

Quando quella notte Sara venne trovata, dietro un cassone pieno di immondizia e confezioni di hot dog, del viso non era rimasto nulla e i capelli erano un groviglio di poltiglia e terra. Ovunque, intorno al corpo c'erano fazzoletti sporchi di senape e ketchup, cannuce e sacchetti di carta. Persino un palloncino incastrato in un pezzo di lamiera, mezzo sgonfio, che svolazzava a mezz'aria come una grottesca bandiera a lutto.

Riccardo era poco più in là, con la pietra ancora in mano. C'era sangue sulla pietra, sulle sue mani, sui vestiti, sul viso. Il ragazzo era catatonico e non disse una parola neanche in ospedale, quella notte.

Solo il pomeriggio dopo, al terzo interrogatorio, di fronte a due carabinieri e uno psicologo, disse che la ragazza gli piaceva molto, ma dopo quello che era successo nel Trenino Fantasma non poteva comportarsi diversamente. Quando gli chiesero cosa fosse successo in quelle ore di blackout, si sfregiò il collo con una penna

nell'evidente tentativo di pugnalarsi la gola. Venne chiuso in osservazione e sedato.

Tre giorni dopo, nella scuola elementare Leopardi, Filippo Bichi, di sette anni, aprì la finestra del quarto piano e saltò di sotto, atterrando con uno schiocco sul tetto di un furgoncino parcheggiato, che gli cancellò la faccia e la cassa toracica. Morì due giorni dopo, senza mai aver ripreso coscienza. Era il bambino seduto sul terzo vagone.

Il Luna Park venne chiuso, il Trenino Fantasma messo sotto sequestro e ribaltato da cima a fondo. Ogni vagoncino venne divelto dai binari come se potesse nascondere un qualche genere di ordigno. Gli scheletri e le maschere, esposti alla luce, si rivelarono innocui come festoni di Halloween, come pure le lampade spente, le sirene mute, i ragni di pezza. Non c'era niente, là dentro. Era quello che ripeteva in una litania l'uomo della giostra, davanti al carosello di carabinieri e avvocati. Il prurito all'occhio era diventato insostenibile, come quella situazione assurda. Se quel piccolo maniaco aveva voluto massacrare la sua puttanella, il Trenino non c'entrava nulla, e tantomeno lui. Quanto al bambino... beh, ci dovevano pensare i genitori, ovviamente era colpa loro. O degli insegnanti. O di chiunque altro, ma non certo sua.

La bambina venne trovata da suo padre la mattina dopo. Era sdraiata sotto il letto. Aveva passato tutta la notte lì, perché non voleva vedere ancora "quello che aveva visto nel Trenino". Quella mattina saltò la scuola ed entrambi i genitori la coccolarono il più possibile. Dopo la fine del DVD, sul divano, quando sembrava più serena, fu sua madre a chiederle cosa fosse successo.

Raccontò di aver visto loro due da vecchi, sdraiati in due bare vicine. Le casse erano piene di "animaletti

grandi così" che mangiavano i corpi di entrambi. "Il rumore era come quello dei cracker". E vicino alle bare c'era anche lei, ma molto più grande, e mentre si guardava lì in piedi e triste, aveva visto tanti altri momenti della sua vita da grande. «Facevo delle cose bruttissime che non ho capito.»

«Hai sognato, è stato un brutto sogno», le disse sua madre. L'uomo la guardò senza dire niente, ma il suo sguardo era eloquente: la bambina durante il blackout non solo non si era addormentata, ma aveva pianto quasi per tutto il tempo. Almeno fino a quando era arrivato l'uomo dei soccorsi.

«Non era un sogno, era come quando abbiamo fatto lo spettacolo a scuola: c'erano le luci ed era tutto lì davanti a me», disse. Poi tornò al suo gelato nella vaschetta.

Gli altri due bambini, fratello e sorella di otto e dodici anni, non parlarono più con nessuno dell'uomo dei soccorsi, dopo le domande in questura, né di quello che avevano visto in quell'ora di rosso e di buio. Ne parlarono tra loro solo due volte, da allora. Quella stessa notte, in camera, ma il discorso durò poco: faceva troppa paura. Poi, quasi vent'anni più tardi, un Natale, entrambi un po' ubriachi. Lui stava lavando i piatti nella cucina di casa sua, lei aveva il bicchiere di rosso in mano. Con lo sguardo nel vuoto, si mise a raccontare tutto quello che aveva visto di fianco al suo vagone. Tutta la sofferenza degli anni a venire, la morte di suo marito in un incidente d'auto, il primo aborto, tutto. Tutto quello che era successo, anno dopo anno. Come osservare la propria vita epurata dei momenti felici, così disse, e già stava piangendo. Il fratello la ascoltò a lungo.

Non dormì quella notte, né le notti successive. Tentò il suicidio due volte, in primavera, prima di

riuscirci finalmente, complice un intruglio di farmaci, davanti agli occhi della moglie che lo vedeva sbiadire come un vecchio poster, i polsi ricuciti in verticale, come delle cerniere lampo malridotte.

Mentre Riccardo raccontava in un flusso lucido il bisogno di raccogliere la grossa pietra da terra e di colpire la testa di Sara, prima di vederla crollare a terra e colpirla di nuovo, la giostra veniva smantellata pezzo dopo pezzo, e caricata su un camion. Il tunnel di lamiera non sarebbe più stato riassembleato per molti anni. Il pianale, nello specifico, venne riesaminato più volte dopo le testimonianze incrociate dei bambini e dei genitori, e i deliri di Riccardo. Ovviamente non esisteva alcuna botola né portello, e sarebbe stato impossibile strisciare al di sotto dell'attrazione per raggiungere le persone all'interno, dati l'intrico di sostegni di metallo e i fasci di cavi di alimentazione.

Riccardo vide se stesso a bordo del trenino, e poi di molti altri treni. Vide i paesaggi della periferia fuori dal finestrino, svuotati dai colori, nei pomeriggi anonimi e carichi d'ansia. Vide le amicizie perdersi con il tempo, i nomi scomparire, gli interessi accantonati, poi un'idea di famiglia, tradita e spezzata. Tutta la malattia del mondo. L'abominio della morte dei propri genitori, il parto della ragazza che sarebbe diventata moglie. L'atroce processione dei rituali fissati nelle foto sugli album. Loro figlio in braccio, e un cane nell'altra stanza, le mosche che deponevano le uova nelle orbite del cane, il bambino che cresceva e lo odiava, odiava la sua mediocrità di padre e di uomo, le trasferte in treno lontano da casa, la casa stessa in un quartiere dimenticato, tutto il futuro sbiadito e logoro come una pezza. Vide la ragazza appesantirsi in un corpo da donna e desiderare altri uomini, sprazzi di altre vite incastrate

dentro di lei in un parcheggio fuori dal lavoro, lavate via prima di casa, prima della pasta e della tv e poi tutti a letto. Il Trenino viaggiava sempre più veloce, gli spettatori di stracci lo lasciavano passare e i manichini imbrattati di sangue urlavano, e urlava anche lui, vecchio e solo in un letto zuppo di piscio, con il male che se lo mangiava da dentro e un'intera vita alle spalle che era iniziata quel pomeriggio, e a giro finito non avrebbe portato a niente. Questo aveva visto, un viaggio di sola andata, circondato da fantocci grotteschi, e non era più riuscito a dire niente, e la pietra nel parcheggio era stata l'unica cosa che poteva cancellare lei, Sara, tutto il loro futuro abominevole e l'infinita, ineluttabile disperazione del mondo.

«Guardate», aveva detto l'uomo.

## **El tren fantasma** (Traducción del italiano)

**C**uando el Luna Park llegó a la ciudad, nadie se dio cuenta. Apareció en el descampado junto a la vieja vía del tren un día cualquiera de entre semana. Lo habían montado en una noche, quizá en dos, entre la bruma de noviembre. Un puñado de atracciones desvencijadas, algunos puestos de dulces, buñuelos y perritos calientes.

Los primeros en descubrirlo fueron las parejitas de adolescentes que volvían del instituto. Después llegaron las familias ruidosas, las colas para los coches de choque y los desafíos del Puño de Hierro.

Para el segundo fin de semana nadie se preguntaba ya de dónde habían salido aquellas atracciones barrocas, y más de uno aseguraba con convicción que llevaban allí desde hacía mucho tiempo.

En medio del recinto había un enorme péndulo cubierto de luces, que giraba sobre tres ejes prometiendo una experiencia vertiginosa a los más valientes: lanzados al aire y luego precipitados hacia abajo boca abajo. Sus gritos marcaban el ritmo en el lado este del parque.

A unas decenas de metros, el ambiente era más tranquilo, atracciones pensadas para familias y niños.

Y entre esos dos pequeños mundos de neón y chapa se encontraba el Tren Fantasma. Un transeúnte distraído podía reconocerlo con solo una mirada. Quizá lo había visto en la ciudad muchos años antes, cuando era niño. Siete vagones pintados con colores chillones, con ojos y colmillos de peces monstruosos. Delante, una enorme Muerte de goma, encapuchada, con ojos de LED y la guadaña preparada para caer sobre los desgraciados. La entrada del túnel imitaba una mina de estilo *naïf*, y desde dentro se oían gritos, por supuesto grabados.

Todo era igual que antes. Quizá solo habían repintado las llamas que envolvían a los condenados en el lateral del camión-taquilla.

El tipo tras el cristal ni siquiera parecía el típico feriante. Gafas de sol, gorra desteñida calada hasta la frente, mechones de pelo grasiento y barba descuidada; más bien un camionero machacado por cientos de kilómetros que, quién sabe por qué trato, estaba cubriendo el turno de un amigo.

Ese mismo paseante incauto, quizá en su primera cita de verdad, con algodón de azúcar en la mano, podía leer el mensaje tajante pegado en la taquilla: *Prohibida la entrada a menores de 12 años no acompañados.*

Y así, frente al cristal rayado, se formaban colas de niños valientes con sus padres detrás, y de chavales algo mayores que llevaban a las compañeras de clase

para asustarlas, y salían después diciendo que había sido una decepción.

El domingo en que la atracción se quedó bloqueada durante más de una hora, dentro había cuatro niños y tres adultos. En el último vagón con forma de pez monstruoso, el último que se tragó la oscuridad del túnel, viajaba una pareja de dieciséis años. Para ser sinceros, se conocían de vista desde hacía años, pero aquel era su primer encuentro de verdad.

Ambos estudiaban en un instituto técnico no muy lejos del Luna Park. Una tarde, en la parada del autobús, él se le acercó con una tensión solo comparable a la de antes de un examen y le había dicho «Hola». Sara se quitó un auricular y la música se escapó al aire. Le devolvió el saludo, sorprendida, mirando alrededor instintivamente para valorar la situación. Sabía quién era Riccardo porque cuando estaban en primero le había gustado a una compañera suya. Era guapo, de hecho; quizá aún más sin las gafas. Un corte de pelo distinto tampoco le habría venido mal. Pero tenía los ojos amables, incluso entre la niebla que envolvía la salida del instituto. Y parecía nervioso.

—Si te apetece, un día podemos dar una vuelta —le dijo.

Le apetecía. Esperaron el autobús intercambiando apenas unas palabras más. Justo antes de bajar, Riccardo le pidió el número y le hizo una llamada perdida. Desde ese momento estuvieron escribiéndose hasta bien entrada la noche. Claramente él se desenvolvía mejor por escrito: la hacía reír, y eso no le ocurría desde hacía tiempo.

La idea del Luna Park había sido de él. La cita —resultaba extraño llamarla así— era en la entrada, junto al Tiro al Blanco. Ella se arrepintió enseguida de haber

estrenado zapatos: llevaba semanas sin llover y el suelo estaba más polvoriento de lo que había imaginado.

Pasearon procurando no rozarse, hablando del instituto, de los padres y de otras cosas igual de incómodas. En el Laberinto de Espejos ella lo agarró de la manga justo antes de que se estrellara contra una superficie cubierta de huellas. Más tarde, en la versión en miniatura de la Montaña Rusa, rodeados de niños que gritaban, se las ingenió para que su pierna no perdiera el contacto con los vaqueros polvorientos de él.

Riccardo la miró, con el pelo revuelto por la gravedad intermitente de la atracción. Deseó que aquel día durara mucho más.

—Por allí solo hay atracciones para niños —dijo ella.

Riccardo señaló el Tren Fantasma. Los gritos grabados se oían desde allí.

—Yo venía con mi padre cuando era pequeña.

—Yo también.

En aquel momento, frente a la taquilla de cristal, solo había padres con niños pequeños. Pero daba igual: seguía siendo un túnel, y estaba oscuro.

Riccardo comprobó las monedas en la cartera.

—Yo invito a esta.

El hombre de la taquilla parecía tener un problema en un ojo. Se lo frotaba con insistencia, tanto que el párpado estaba ya enrojecido. Dentro del pequeño hábitáculo parecía enorme, encajado entre la caja registradora y dos monitores en blanco y negro conectados a las cámaras interiores.

Rebuscaba con dedos sucios y gruesos entre monedas de cambio y restos de comida. Ni siquiera levantó la vista hacia los dos chicos. Volvió a frotarse el ojo y se miró los dedos como esperando encontrar algo.

Después pulsó el botón gris del micrófono y graznó:

—Completo.

Los niños y sus padres se acomodaron en los primeros vagones. Riccardo eligió el último.

—Si da miedo, no te hablo más —le dijo Sara.

Una sirena estridente anunció la salida. La puerta de plástico se abrió de golpe mostrando el vientre oscuro de la atracción. El trenecillo arrancó con un tirón.

Ese fue el principio. El final no fue uno solo.

Cuando, más de una hora después, los bomberos lograron entrar, los niños ya habían dejado de llorar. Las linternas iluminaron los demonios grotescos de cartón piedra pegados a las paredes, los esqueletos enjaulados y a todos aquellos niños sentados en los vagones, con los ojos muy abiertos y aún hinchados de tanto llorar.

Dentro hacía un calor sofocante, como si el sistema de calefacción, si es que existía alguno, se hubiera estropeado.

Justo después de que la atracción se bloqueara, el propietario había intentado durante casi veinte minutos reactivar el tren. Luego trató de abrir las dos entradas, sin éxito. Había maldecido el botón de emergencia hasta que, rodeado por un corro de chavales molestos, se vio obligado a pegar el cartel de *Cerrado* en el cristal sucio y llamar a los servicios de emergencia.

Meses antes, una bajada de tensión había dejado fuera de servicio dos atracciones menores y el generador se había apagado, dejando a oscuras algunos puestos del recinto. También entonces el Tren Fantasma se había detenido, pero el sistema de apertura de emergencia había funcionado. Todo había durado tres o cuatro minutos antes de volver a arrancar.

Por alguna maldita razón, esta vez había sido diferente. Ya habían pasado ocho minutos y algunos de aquellos mocosos del corro habían sacado los móviles para grabar fotos y vídeos.

—Largaos de aquí — gruñó el hombre mientras se dirigía a la entrada principal.

Empujó con todas sus fuerzas, intentando meter los dedos entre las juntas de la puerta, pero aquel maldito panel de plástico no se movió ni un milímetro. Desde dentro se oían voces agitadas y, por supuesto, algún niño llorando. Como si no bastara, el ojo le picaba cada vez más y había empezado a supurar.

Le dio un último empujón furioso y, casi por instinto, llevó la mano al llavero que colgaba de su cinturón. Tal vez hubiera otra forma de entrar. Sólo tenía que abrirse paso entre aquellos idiotas con móviles y llegar por la parte trasera.

El técnico de los servicios de emergencia apareció casi cuarenta minutos después. Una niña se asustó al ver aquella figura oscura recortarse contra las otras sombras del túnel; al principio parecía una de esas siluetas de goma que habían quedado suspendidas en el aire a media altura. Las tenues luces de mantenimiento, por suerte, se mantuvieron encendidas, pero teñían el trazado de las vías con un rojo siniestro. Todo era rojo y negro.

Cuando los padres se levantaban para buscar una salida de emergencia o golpear inútilmente las puertas, esa mortecina iluminación proyectaba sus sombras oblicuas y deformes, que asustaban aún más a los niños. No había puertas. No había otra luz, aparte de la de servicio. Ahora esa luz iluminaba al hombre de rescate que había aparecido de quién sabe dónde.

Riccardo vio primero su sombra y, por primera vez, sintió miedo. Pero enseguida se llamó idiota a sí mismo: era un hombre, claro, y estaba allí para sacarlos. Lo observó acercarse a los adultos del primer vagón. Ellos le preguntaron por dónde había entrado y si

era posible salir por allí y terminar cuanto antes con aquella desagradable aventura.

«No», respondió. El acceso por el que había llegado era demasiado peligroso: una especie de trampilla de chapa que permitía arrastrarse bajo la atracción. Demasiado difícil para los niños y prácticamente imposible para adultos sin experiencia. Pero no había problema. Las puertas principales se abrirían en breve.

Riccardo no alcanzaba a verle bien la cara, pero estaba seguro de que no era el hombre de la taquilla. Era demasiado alto. Demasiado delgado.

—No está mal como primera cita —susurró Sara a su lado.

Sonreía, aunque parecía un poco tensa, o al menos eso le pareció a él bajo la luz rojiza. Intentó decir algo ingenioso, pero no se le ocurrió nada. En silencio observó al socorrista caminar junto al tren, apoyando la espalda en la pared y agachándose para hablar con los niños. Les daba palmadas tranquilizadoras y les revolvía el pelo. Fuera lo que fuese lo que les decía, parecía funcionar. La niña rubia dejó de llorar. Todos volvieron a sentarse en sus asientos. Los adultos dejaron de golpear desesperadamente las paredes de fibra que hacían retumbar las telarañas de pega y los huesos de goma.

Cuando pasó junto a ellos, Riccardo notó que la ropa del hombre estaba sucia. Se preguntó cuánta inmundicia se habría acumulado durante años bajo aquella estructura metálica y lo repulsivo que debía de haber sido atravesarla.

El técnico les pidió sus nombres. Dijo que en unos quince minutos las puertas se abrirían, de una forma u otra. Si era necesario, los bomberos usarían un ariete. Como en las películas. Después se inclinó hacia ellos, como si fuera a revelar algo confidencial.

—Mirad —dijo.

Riccardo y Sara se toparon con sus ojos.

Veinte minutos después, la puerta principal fue forzada.

Cuando aquella noche encontraron a Sara, detrás de un contenedor lleno de basura y envases de perritos calientes, de su rostro no quedaba nada. El pelo era una masa de pulpa y tierra. Alrededor del cuerpo había pañuelos manchados de mostaza y *kétchup*, pajitas y bolsas de papel. Incluso un globo enredado en una chapa, medio desinflado, se agitaba en el aire como una grotesca bandera de luto.

Riccardo estaba a pocos metros, con la piedra todavía en la mano. Había sangre en la piedra. En sus manos. En la ropa. En la cara. El chico estaba catatónico. No articuló una sola palabra, ni siquiera en el hospital aquella noche. Sólo al día siguiente por la tarde, durante el tercer interrogatorio —ante dos policías y un psicólogo— dijo que la chica le gustaba mucho. Pero que después de lo que había ocurrido en el Tren Fantasma no podía comportarse de otra manera. Cuando le preguntaron qué había sucedido durante aquella hora de oscuridad, se rasgó el cuello con un bolígrafo en un intento evidente de clavárselo en la garganta.

Lo internaron en observación y lo sedaron.

Tres días después, en la escuela primaria Leopardi, Filippo Bichi, de siete años, abrió la ventana del cuarto piso y se lanzó al vacío. Cayó con un crujido sobre el techo de una furgoneta aparcada, impacto que le destrozó la cara y el pecho. Murió dos días después, sin haber recuperado el conocimiento. Era el niño que iba sentado en el tercer vagón.

El Luna Park fue clausurado. El Tren Fantasma fue precintado y desmontado de arriba abajo.

Cada vagón fue arrancado de las vías como si pudiera esconder algún tipo de artefacto. Los esqueletos y las máscaras, expuestos a la luz del día, resultaron tan inofensivos como adornos de Halloween. Lo mismo las lámparas apagadas, las sirenas mudas, las arañas de tela.

No había nada allí dentro.

Lo repetía una y otra vez el hombre de la atracción, como una letanía, ante el desfile interminable de policías y abogados. El picor en el ojo se había vuelto insostenible, igual que aquella situación absurda. Si aquel joven maniaco había querido destrozar a su putilla, el Tren Fantasma no tenía nada que ver, y él tampoco. En cuanto al niño... bueno, de eso tendrían que responder los padres. O los profesores. O cualquiera. Pero no él.

La niña fue encontrada por su padre a la mañana siguiente. Estaba escondida bajo la cama. Había pasado allí toda la noche porque no quería volver a ver «lo que había visto en el Tren». Aquel día faltó a la escuela y sus padres la mimaron todo lo que pudieron. Por la tarde, en el sofá, después de ver una película, cuando parecía más tranquila, fue su madre quien le preguntó qué había ocurrido. La niña dijo que había visto a sus padres de viejos, tendidos en dos ataúdes colocados uno junto al otro. Los féretros estaban llenos de «bichitos así de grandes» que se comían sus cuerpos.

—Hacían un ruido como el crujido de cuando rompes galletas — dijo.

Junto a los ataúdes también estaba ella, pero mucho mayor. Y mientras se veía allí, de pie y triste, había visto muchos otros momentos de su vida adulta.

—Hacía cosas muy malas que no entendía.

—Ha sido un sueño. Una pesadilla — dijo su madre.

El padre no dijo nada, pero su mirada lo decía todo: durante el apagón la niña no solo no se había dormido, sino que había llorado casi todo el tiempo. Al menos hasta que llegó el hombre del rescate.

—No fue un sueño —insistió ella—. Era como cuando hicimos la obra del colegio: estaban las luces y todo estaba ahí delante de mí.

Luego volvió a su helado. Los otros dos niños — hermano y hermana, de ocho y doce años — no volvieron a hablar con nadie del hombre del rescate después de las preguntas en comisaría. Ni de lo que habían visto durante aquella hora de rojo y oscuridad. Solo hablaron entre ellos dos veces. La primera, aquella misma noche, en su habitación. Pero duró poco: daba demasiado miedo.

La segunda, casi veinte años después, una Navidad. Ambos estaban algo borrachos. Él fregaba los platos en la cocina de su casa. Ella sostenía una copa de vino tinto. Con la mirada perdida empezó a contarle lo que había visto junto a su vagón. Todo el sufrimiento de los años que vendrían. La muerte de su marido en un accidente de coche. El primer aborto. Todo. Año tras año. Era como contemplar la propia vida despojada de todos los momentos felices. Cuando terminó de hablar ya estaba llorando.

Su hermano la escuchó en silencio. No durmió aquella noche. Ni las siguientes. Intentó suicidarse dos veces en primavera. A la tercera lo logró, con un cóctel de fármacos, delante de su mujer, que lo veía desteñirse como un viejo cartel a la intemperie. Las cicatrices en sus muñecas parecían cremalleras mal cerradas.

Mientras Riccardo explicaba con una claridad inquietante cómo había sentido la necesidad de recoger una piedra del suelo y golpear la cabeza de Sara — verla

caer y golpearla otra vez —, la atracción era desmontada pieza a pieza y cargada en un camión. El túnel de chapa no volvería a montarse durante muchos años. El suelo de la instalación fue examinado varias veces tras los testimonios cruzados de niños y adultos, y los delirios de Riccardo.

Naturalmente, no había ninguna trampa. Ni acceso oculto alguno. Y habría sido imposible arrastrarse bajo la atracción para llegar a los vagones, pasar por esa maraña de soportes metálicos y cables de corriente.

Riccardo se vio a sí mismo sentado en aquel tren.

Luego en muchos otros trenes.

Vio los paisajes de la periferia pasar por la ventanilla, vaciados de color, en tardes anónimas cargadas de ansiedad.

Vio cómo las amistades se diluían con el tiempo. Cómo los nombres desaparecían. Cómo los intereses se abandonaban. Luego vio una idea de familia. Traicionada. Rota. Vio toda la enfermedad del mundo. El horror de la muerte de sus padres. El parto de la chica que se convertiría en su esposa. La interminable procesión de rituales congelados en álbumes de fotos. Su hijo en brazos. Un perro en la otra habitación. Las moscas depositando huevos en las órbitas del animal. El niño creciendo y odiándolo. Odiando su mediocridad como padre. Como hombre.

Vio los viajes en tren lejos de casa. La casa misma en un barrio olvidado. Todo el futuro descolorido y desgastado como un trapo viejo. Vio a la chica engordar dentro de un cuerpo de mujer y desear a otros hombres. Destellos de otras vidas atrapadas en ella: encuentros en un aparcamiento después del trabajo, lavados antes de volver a casa. Antes de la pasta. Antes de la televisión. Antes de irse todos a la cama.

El tren corría cada vez más rápido. Los espectros de trapos lo dejaban pasar. Los maniqués manchados de sangre gritaban. Y gritaba también él. Viejo. Solo. En una cama empapada de orina. Con la enfermedad devorándolo por dentro. Y toda una vida detrás que había empezado aquella tarde. Una vida que, al final del recorrido, no llevaba a ninguna parte.

Eso fue lo que vio.

Un viaje de ida. Rodeado de muñecos grotescos. Y después de verlo ya no pudo decir nada. La piedra en el aparcamiento fue lo único que pudo borrar a Sara. Borrar su futuro. El de ambos.

Y la infinita e inevitable desesperación del mundo.

—Mirad —había dicho el hombre.

### **Acerca del autor**

Stefano Cucinotta (Italia, 1985) compagina su actividad literaria con su trabajo como director creativo en el ámbito de la comunicación. Su narrativa se mueve entre el terror psicológico y la ficción contemporánea, con historias que exploran las zonas oscuras de la vida cotidiana y las atmósferas inquietantes, con una mirada existencial sobre el destino y la fragilidad humana.

## Blues, pane e salame

**S**i informa la gentile clientela che il supermercato chiuderà alle ore diciannove e trenta. Si invita la gentile clientela a terminare gli acquisti e a dirigersi verso le casse.

Viola, in sosta al banco dei salumi e formaggi, si infilò gli auricolari e schiacciò il *play*. Ignorò la voce gracchiante che la invitava a precipitarsi verso la cassa con i pochi acquisti che stringeva al petto. Al comando del suo dito indice, Etta James iniziò a cantare.

*Oh Sometimes I get a good feeling, yeah  
I get a feeling that I never, never, never  
Had before no, no  
And I just wanna tell you right now that I  
I believe, I really do believe that*

Viola iniziò a dondolare le anche come quelle bambole hawaiane inchiodate al cruscotto della macchina. La sua istruttrice di pilates sarebbe stata fiera di lei.

*Something's got a hold on me, yeah  
(Oh, it must be love)  
Oh, something's got a hold on me right now, child  
(Oh, it must be love)*

Toccò poi al collo scatenarsi al ritmo di Etta.

Circonduzione a destra. Circonduzione a sinistra.

Lentamente, per non far girare la testa.

«Ottantuno, cosa desidera?» chiese la salumiera. Dalla sua cuffietta faceva capolino un ciuffo rosso ribelle.

Viola mise in pausa la canzone. Ridusse gli occhi a due fessure fino a formare una morbida ruga tra le sopracciglia. Scrutò la cliente in coda: aveva l'aria stanca e una ricrescita grigia le disegnava una linea di mezzeria sulla testa.

Viola, che fin da piccola amava indovinare gli acquisti dei clienti, pensò:

«Ordinerà degli affettati per la merenda dei bambini. Non troppo grassi e rigorosamente in offerta. Ecco. Cotto Cuore Bianco, pollo al forno e, perché no, un po' di bresaola, ma poca, perché costa».

Non fece in tempo a completare la sua ipotesi che la cliente parlò.

«Che... mi dà due etti e mezzo di cotto? Quello in offerta, il Cuore Bianco. Poi, per favore, due etti di pollo. Bresaola giusto un etto per mio marito. Ma non è mai in offerta questa benedetta bresaola?».

«Bingo!» sussurrò Viola stiracchiandosi.

«Ottantadue!» sbraitò poi la salumiera e il ciuffo indisciplinato guizzò in direzione di un ragazzo con gli occhiali.

L'ottantadue ordinò un etto di lardo d'Arnad per accompagnare i passeggeri che viaggiavano nel suo cestino: un Arneis del Monferrato del 2019, miele d'acacia, paccheri trafilati al bronzo, gamberi rossi di Mazara del Vallo e tre piccole zucchine.

«Ah... deve avere in programma un'ottima cenetta romantica!» pensò Viola.

Visto che il suo turno, l'ottantasette, tardava ad arrivare, Viola si dedicò alle circonduzioni delle caviglie. Caviglia destra e giri in avanti. Caviglia sinistra e giri indietro.

Nel mentre, l'ottantatré, una signora ricurva avvolta in un golfino rosa confetto, ordinava due etti di

mortadella Bologna, rigorosamente senza pistacchio, e due etti di crudo specificando: Parma, non San Daniele, mi raccomando.

«Come sempre, signora Antonietta» le rispose la salumiera.

«La signora Antonietta la conosco!» pensò Viola. «Si dice che, da quando hanno aperto il supermercato, sia venuta a far la spesa ogni giorno senza mai mancare. I suoi acquisti, secondo la leggenda, sono sempre gli stessi, rigorosi e immutati».

Proseguì poi con lo stiracchiamento dei polpacci sollevandosi sulle punte con tanto di rimbalzino. Scosse la testa, schiacciò play ed Etta James riprese il suo assolo.

*Let me tell you now  
I got a feeling, I feel so strange*

La salumiera si scostò il ciuffo dalla fronte. Afferrò una vaschetta trasparente perché il numero ottantaquattro voleva un etto di insalata russa. Alzò lo sguardo e, di colpo, si bloccò.

La vaschetta le scivolò di mano e vomitò il suo contenuto su una sfortunata caciotta dolce. Balbettò delle scuse alla cliente che, indignata, sospirò alzando gli occhi al cielo.

*Everything about me seems to have changed  
Step by step, I got a brand new walk  
I even sound sweeter when I talk*

«Devo essermi persa qualcosa!» pensò Viola. «L'esecuzione della salumiera, fino ad ora, è stata impeccabile. Le sue mani si sono mosse tra i salumi come quelle di un pianista talentuoso che si destreggia in scale vertiginose senza mai inciampare in un accordo stonato. Al contrario, ora risultano prive di grazia e,

come un'automobile guidata da un ubriaco, investono formaggi e travolgono i prodotti della gastronomia. Cosa le è successo?»

La salumiera alzò di nuovo lo sguardo e, questa volta, arrossì soffermandosi su un punto alle spalle di Viola. Viola incurvò un sopracciglio, si voltò e, seguendo la direzione indicata dagli occhi della donna, lo vide. Pino, barba del giorno prima e ventre che lasciava intendere un'indole da buongustaio, camminava lungo le corsie. Il berretto con la scritta gialla Security copriva ciò che restava di un'esule chioma, mentre le scarpe antinfortunistiche risuonavano sul pavimento del supermercato.

*Let me tell you now  
I've never felt like this before  
Something's got a hold on me that won't let go  
I believe I'd die if I only could  
I feel so strange, but I sure feel good*

Pino si sfilò il cappellino e si asciugò la fronte sudata con un fazzoletto di stoffa. La salumiera, come incantata da quella vista, si appoggiò con il gomito alla bilancia e l'etto di spianata del numero ottantacinque risultò pesare tre chili. L'ottantacinque protestò per i sessantotto euro battuti sullo scontrino. Viola si portò una mano alla bocca per coprire una risata.

*My heart feels over, my feet feel light  
I shake all over, but I feel alright  
I never felt like this before  
Something's got a hold on me that won't let go  
I never thought it could happen to me  
Got me heavy when I'm in misery*

Pino si avvicinò al bancone dei salumi con la grazia di un leone marino che cerca di approssimarsi alla

compagna pinnipede distesa sulla spiaggia. Si arrestò davanti alla chiocciola rossa da cui pendeva un foglietto di carta sottile su cui era scritto il numero ottantotto. Lo strappò, alzò leggermente la visiera del cappellino e diede una rapida sbirciata al ciuffo rosso e alla sua proprietaria, le cui labbra sbocciarono in un impacciato sorriso. Gettò poi un'altra rapida occhiata e la vista dei suoi occhi verdi, incastonati in una perfetta ghirlanda di piccole rughe, quasi gli mozzò il respiro. Distolse immediatamente lo sguardo e infilò il bigliettino nella tasca della divisa dimenticandosi di leggere il numero.

Chinò il capo e, facendo finta di guardare il prezzo dei tomini alla boscaiola, si soffermò sulle mani della salumiera notando l'unghia spezzata del dito indice.

Sicuramente, non aveva avuto tempo di limarsela. Tra portare i ragazzi a scuola, occuparsi della casa e lavorare, chi aveva tempo per curarsi le unghie?

Poi, con i pollici affondati nelle tasche dei pantaloni, dondolò avanti e indietro fantasticando. Avrebbe voluto essere lui a portare quei ragazzi a scuola; avrebbe desiderato essere lui a lavare i piatti ed essere sempre lui a limarle le unghie mentre lei, gatta dagli occhi di giada, se ne stava comodamente acciambellata sul divano.

Sospirò, scosse la testa e ricominciò la sua ronda.

Viola continuò a osservare la salumiera che, nel frattempo, iniziò a maltrattare una coscia di prosciutto con troppo grasso ordinato dal numero ottantasei, maledicendo sottovoce il cliente e la sua richiesta.

In un'altra situazione lo avrebbe accontentato con piacere, ma non quel giorno. Non quando la pulizia di quella coscia si frapponeva tra lei e il tanto atteso numero ottantotto.

La salumiera pensò alle spalle di Pino mentre la aiutava a riporre la merce sullo scaffale più alto. Rivide i pantaloni dell'uniforme che, sollevandosi leggermente, scoprivano i calzini di due colori diversi. Se ci fosse una donna a casa con lui, certe cose non capitebbero. Se ci fosse stata lei a casa con lui, i calzini sarebbero sempre stati appaiati e felici.

La salumiera consegnò al numero ottantasei il prosciutto che, dopo il suo lavoro certosino, aveva assunto la forma di uno splendido centrino.

«Numero ottantasette?!» esclamò poi.

Viola non rispose. Si stava godendo quella rara sensazione che provano i custodi dei segreti.

Sorrise e alzò il volume della canzone.

«Ottantasette?» ripeté la salumiera sondando con lo sguardo la platea di clienti.

Quando incrociò i suoi occhi, Viola guardò il proprio numero, l'ottantasette. Sul suo viso s'accese un sorrisetto malizioso; fissò la salumiera e fece cenno di no con la testa.

Al che la salumiera fece spallucce. Cercò Pino e inspirò profondamente, pronta a prorompere in un accalorato «ottantotto».

Pino starnutì. Il cuore della salumiera saltò un battito e la sicurezza di poco prima la abbandonò. Dalla sua bocca uscì quindi un indeciso: «Ottantotto?»

Pino non rispose. Rimaneva fermo vicino ai surgelati come un animale selvatico abbagliato dai fari di un'auto. La salumiera, il viso color ciliegia matura, cercò il suo sguardo e ripeté: «Ottantotto?»

Pino, ripresosi dalla paralisi momentanea, si tastò il taschino dell'uniforme, ci infilò dentro indice e pollice e ne estrasse il pezzetto di carta.

Sbiancò nel rendersi conto di stringere tra le dita il numero ottantotto.

«Ottantotto! Sono io!» tartagliò irrigidendo le braccia lungo i fianchi. Poi, come una recluta all'appello, batté il piede destro.

La sua goffaggine intenerì Viola nelle cui cuffie la voce di Etta cantava.

*He walks like love*

Pino mosse due passi verso il bancone fissandosi attentamente le scarpe come se, improvvisamente, qualcosa di eccezionale si fosse manifestato sulle punte rinforzate. La salumiera era in procinto di svenire.

Viola volse lo sguardo verso Pino e, sempre con quel sorrisetto malizioso, inclinò la testa indicandogli la salumiera.

«Forza Pino, è il tuo assist! Finalizza e mettila in rete» pensò.

Tutti trattennero il respiro in attesa della dichiarazione d'amore che, ormai, aleggiava nell'aria.

Nelle cuffie Etta cantava.

*He talks like love*

*(You know he talks like love)*

*Make me feel alright*

*(Make me feel alright)*

*In the middle of the night*

Pino sudava, s'infilò il dito indice nel colletto della camicia e buttò giù la saliva.

Viola si tolse le cuffie. Pino si schiarì la gola e, finalmente, parlò. «Che... me li dai due etti di mortadella Conce'?»

*Si informa la gentile clientela che il supermercato è in chiusura. Si invita la gentile clientela a terminare gli acquisti e a dirigersi verso le casse.*

## Blues, pan y salami (traducción del italiano)

**S**e informa a la estimada clientela de que el supermercado cerrará a las diecinueve treinta. Se ruega a la estimada clientela que finalice sus compras y se dirija a las cajas.

Viola, detenida frente al mostrador de embutidos y quesos, se colocó los auriculares y pulsó *play*. Ignoró la voz chirriante que la invitaba a apresurarse hacia la caja con los pocos artículos que llevaba apretados contra el pecho. A la orden de su dedo índice, Etta James empezó a cantar.

*Oh sometimes I get a good feeling, yeah  
I get a feeling that I never, never, never  
Had before...*

Viola empezó a balancear las caderas como esas muñequitas hawaianas clavadas en el salpicadero de los coches. Su instructora de pilates habría estado orgullosa de ella.

*Something's got a hold on me, yeah  
(Oh, it must be love)*

Luego le tocó al cuello soltarse al ritmo de Etta.

Rotación a la derecha. Rotación a la izquierda. Despacio, para no marearse.

— Ochenta y uno, ¿qué le pongo? — preguntó la charcutera. De su cofia asomaba un mechón rojo rebelde.

Viola puso la canción en pausa. Entrecerró los ojos hasta que entre las cejas se dibujó una pequeña arruga.

Observó a la clienta de la cola: tenía cara de cansancio y una raíz gris le trazaba una raya en medio de la cabeza. Viola, que desde pequeña disfrutaba adivinando las compras de la gente, pensó: «Pedirá embutido para la

merienda de los niños. Nada demasiado graso y, por supuesto, de oferta. A ver... jamón cocido Corazón Blanco, pollo asado y, por qué no, un poco de bresaola. Pero poca, que es cara».

No tuvo tiempo de terminar su hipótesis. La clienta habló.

— A ver... póngame doscientos cincuenta de jamón York. El de oferta, el Corazón Blanco. Luego, por favor, doscientos de pollo. Y bresaola, solo cien gramos para mi marido. Pero ¿es que nuestra bendita bresaola nunca está de oferta?

— ¡Bingo! — susurró Viola, estirándose.

— ¡Ochenta y dos! — gritó la charcutera.

El mechón rebelde saltó en dirección a un chico con gafas.

El número ochenta y dos pidió cien gramos de lardo d'Arnad para acompañar a los pasajeros que viajaban en su cesta: un Arneis del Monferrato de 2019, miel de acacia, *paccheri* trefilados en bronce, gambas rojas de Mazara del Vallo y tres pequeños calabacines.

«Ah... debe de estar preparando una cena romántica de las buenas», pensó Viola.

Como su turno — el ochenta y siete — tardaba en llegar, se dedicó a las rotaciones de tobillos. Tobillo derecho, giros hacia delante. Tobillo izquierdo, giros hacia atrás.

Mientras tanto, el ochenta y tres, una señora encorvada envuelta en un cárdigan rosa empolvado, pedía doscientos gramos de mortadela de Bolonia, estrictamente sin pistachos, y doscientos de jamón crudo, especificando:

— Parma, no San Daniele, por favor.

— Como siempre, señora Antonietta — respondió la charcutera.

«¡A la señora Antonietta la conozco!», pensó Viola. «Dicen que desde que abrieron el supermercado viene todos los días a hacer la compra, sin faltar ni uno. Y, según la leyenda, siempre compra lo mismo: los mismos productos, con una constancia casi religiosa».

Viola continuó estirando los gemelos, elevándose sobre las puntas de los pies con un pequeño rebote. Sacudió la cabeza, pulsó *play* y Etta James retomó su solo.

*Let me tell you now  
I got a feeling, I feel so strange...*

La charcutera apartó el mechón de la frente. Cogió una bandeja de plástico porque el número ochenta y cuatro quería cien gramos de ensaladilla rusa.

Levantó la vista y, de repente, se quedó paralizada.

La bandeja se le resbaló de las manos y volcó su contenido sobre una desdichada *caciotta* dulce.

Balbuceó unas disculpas a la clienta que, indignada, suspiró alzando los ojos al cielo.

*Everything about me seems to have changed  
Step by step, I got a brand new walk...*

«¡Debo de haberme perdido algo!», pensó Viola.

Hasta ahora, la ejecución de la charcutera había sido impecable. Sus manos se movían entre los embutidos como las de un pianista virtuoso recorriendo escalas vertiginosas sin fallar una sola nota. Y ahora, en cambio, parecen torpes y desmañadas; como un coche conducido por un borracho, arremeten contra los quesos y arrasan con los productos de la gastronomía. ¿Qué le ha pasado?

La charcutera volvió a levantar la vista y esta vez se sonrojó, fijando la mirada en un punto a espaldas de Viola.

Viola arqueó una ceja, se giró y, siguiendo la dirección de los ojos de la mujer, lo vio.

Pino.

Barba de un día y una barriga que delataba una clara inclinación por el buen comer. Caminaba por el pasillo con paso pesado. La gorra con la palabra Security en letras amarillas cubría lo que quedaba de una melena en retirada, mientras las botas de seguridad resonaban sobre el suelo del supermercado.

*I never felt like this before  
Something's got a hold on me...*

Pino se quitó la gorra y se secó la frente sudorosa con un pañuelo de tela. La charcutera, como hipnotizada por aquella visión, apoyó el codo en la báscula y los cien gramos de salami del número ochenta y cinco pasaron a pesar tres kilos.

El ochenta y cinco protestó por los sesenta y ocho euros del ticket. Viola se llevó una mano a la boca para disimular una carcajada.

Pino se acercó al mostrador de embutidos con la gracia de un león marino que intenta aproximarse a su compañera tumbada en la playa.

Se detuvo ante la espiral roja de la que colgaba un fino papelito con el número ochenta y ocho.

Lo arrancó.

Levantó ligeramente la visera de la gorra y lanzó una rápida mirada al mechón rojo... y a su dueña, cuyos labios se abrieron en una sonrisa torpe.

Volvió a mirarla. Y al cruzarse con aquellos ojos verdes —engastados en una perfecta corona de pequeñas arrugas— casi se le cortó la respiración.

Apartó la vista de inmediato y guardó el papelito en el bolsillo del uniforme, olvidándose por completo

de leer el número. Bajó la cabeza y, fingiendo mirar el precio de los *tomini a la boscaiola*, se fijó en las manos de la charcutera. En la uña rota del dedo índice. Seguro que no había tenido tiempo de limársela. Entre llevar a los niños al colegio, ocuparse de la casa y trabajar, ¿quién tenía tiempo para esas cosas?

Luego, con los pulgares hundidos en los bolsillos del pantalón, se balanceó hacia delante y hacia atrás mientras fantaseaba. Le habría gustado ser él quien llevara a esos niños al colegio. Habría querido ser él quien fregara los platos. Y, por supuesto, ser él quien le limara las uñas mientras ella —gata de ojos de jade— se acurrucaba en el sofá.

Suspiró. Sacudió la cabeza. Y reanudó su ronda.

Viola siguió observando a la charcutera que, entretanto, se ensañaba con una pierna de jamón demasiado grasienta pedida por el número ochenta y seis, maldiciendo entre dientes al cliente y su encargo. En otra ocasión lo habría atendido encantada. Pero no aquel día. No cuando limpiar aquella pieza de jamón se interponía entre ella y el tan esperado número ochenta y ocho.

La charcutera recordó la espalda de Pino mientras él la ayudaba a colocar mercancía en la estantería más alta.

Recordó también los pantalones del uniforme que, al levantarse un poco, dejaban ver unos calcetines de distinto color. Si hubiera una mujer en casa con él, esas cosas no pasarían. Si fuera ella quien viviera con él, los calcetines siempre estarían emparejados y felices.

La charcutera entregó al número ochenta y seis el jamón que, tras su trabajo minucioso, había acabado con la forma de un delicado encaje.

—¿Número ochenta y siete? —preguntó entonces.

Viola no respondió.

Estaba disfrutando de esa rara sensación que solo conocen los guardianes de los secretos. Sonrió y subió el volumen de la canción.

—¿Ochenta y siete? —repitió la charcutera, recorriendo con la mirada a los clientes.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de Viola, esta miró su número: ochenta y siete. En su rostro apareció una sonrisa pícara. Sostuvo la mirada de la charcutera... y negó lentamente con la cabeza. La charcutera se encogió de hombros.

Buscó a Pino. Inspiró profundamente, dispuesta a lanzar un apasionado:

—¡Ochenta y ocho!

Pino estornudó. El corazón de la charcutera dio un vuelco y la seguridad que había sentido un momento antes se evaporó. De su boca salió un tímido:

—¿Ochenta y ocho?

Pino no respondió. Seguía inmóvil junto a los congelados, como un animal salvaje deslumbrado por los faros de un coche. La charcutera, con el rostro del color de una cereza madura, volvió a buscar su mirada.

—¿Ochenta y ocho?

Pino, recuperándose de su parálisis, se palpó el bolsillo del uniforme. Introdujo el índice y el pulgar. Sacó el papelito. Palideció al darse cuenta de que sostenía el número ochenta y ocho.

—¡Ochenta y ocho! ¡Soy yo! —balbuceó, rígido, con los brazos pegados al cuerpo.

Luego, como un recluta en formación, golpeó el suelo con el pie derecho.

Su torpeza enterneció a Viola.

En sus auriculares, Etta James cantaba:

*He walks like love.*

Pino dio dos pasos hacia el mostrador mirando fijamente sus zapatos, como si de repente hubiera aparecido algo extraordinario sobre las punteras reforzadas. La charcutera estaba a punto de desmayarse.

Viola volvió la cabeza hacia Pino y, con su sonrisa traviesa, inclinó ligeramente la barbilla señalando a la charcutera. Vamos, Pino. Es tu asistencia. Remata y métela en la red, pensó.

Todos contuvieron la respiración. La declaración de amor flotaba ya en el aire. En los auriculares, Etta cantaba:

*He talks like love.*

Pino sudaba. Se metió el dedo índice por el cuello de la camisa. Tragó saliva. Viola se quitó los auriculares. Pino se aclaró la garganta. Y, por fin, habló.

—Qué... ¿me pones doscientos gramos de mortadela, Conchi?

*Se informa a la estimada clientela de que el supermercado está a punto de cerrar. Se ruega a la estimada clientela que finalice sus compras y se dirija a las cajas.*

## **Acerca del autor**

Francesca Martano (Italia, 1980) ha publicado el libro de relatos *La manutenzione dello sguardo* (2024), del que procede este relato que incluimos en la revista. En sus textos combina humor, observación social y una atención minuciosa a los gestos y silencios de los personajes. Su escritura explora la belleza escondida en lo ordinario y en los encuentros fugaces de la vida diaria.

## Yen-Yen

**S**teve McCann no daba crédito a lo que estaba viendo. Después de seis años y más de noventa empresas a las que había auditado, nunca había sufrido un intento de soborno como el que estaba viendo aquella tarde. Había oído hablar a sus compañeros acerca de los “regalos” que recibían antes de empezar una inspección, pero a él, quizás porque desde el primer momento no daba pie a ello, los directores de las empresas que visitaba nunca le habían ofrecido ningún obsequio, ni siquiera antes de la elaboración del informe final.

—Me temo mucho, señor Guim, que los documentos que me está mostrando no se corresponden a lo instalado en su complejo.

—Señor McCann, ¿cuánto tiempo lleva usted revisando todos y cada uno de los protocolos que seguimos en la fábrica? ¿Una semana ya? Y sólo está encontrando cosas sin importancia. No sé si sabe usted lo importante que es que tengamos un buen resultado en su auditoría.

—Si son cosas sin importancia o con importancia, soy yo quien debe decidirlo y no usted. Y el problema es que en estos cinco días he encontrado más de veinte no conformidades. ¿Sabe lo que eso significa? Que, si no es capaz de solucionar al menos diez en el plazo de una semana, tendré que concluir que su instalación no es apta para mantener la certificación en seguridad industrial que hasta ahora ostenta.

—No he pretendido ofenderle, señor McCann, y siento si así se ha sentido, pero entienda lo grave de la situación. Seiscientos cuarenta y dos trabajadores con sus seiscientos cuarenta y dos familias dependen ahora mismo de su informe. Así que imagine mi responsabilidad en este asunto.

—Lo entiendo perfectamente, pero la norma está para cumplirla. Y ahora mismo, de los treinta y dos elementos auditados, ustedes están muy flojos en la mayoría.

—Es su primera vez en Tailandia, ¿verdad?

—Sí, así es, ¿pero eso qué más da?

—¿Ha visto la pobreza que hay aquí?

—Sí. Y también he visto que ustedes tienen un país muy bonito.

—Si le gusta, puedo hacer que se quede usted por aquí una temporada, de vacaciones. A gastos pagados, claro está.

—No, gracias. Debo volver a mi país en cuanto termine mi trabajo.

—Al menos déjeme que le invite esta noche a cenar. Conozco un sitio que seguro que le gustará. Y allí podremos hablar más tranquilamente de cómo arreglar esto.

—¿Está usted intentando sobornarme?

—¿Sobornarle yo? Haga el favor de no imaginarse cosas raras.

—Pues me lo ha parecido.

—Está bien, dejémoslo por hoy antes de que todo esto se ponga más feo. ¿Le veremos de nuevo por aquí mañana?

—Sí, y veremos su capacidad de reacción a las no conformidades que les he comunicado.



Steve McCann volvió indignado a su hotel, el Chana Place, a eso de las nueve de la noche. Al pasar por la recepción saludó al botones que se encontraba junto al mostrador y subió a su habitación, la 203. Giró la llave y, sin quitarse la ropa, se tumbó directamente en la cama a pensar en todo lo que había visto ese día en la fábrica y en si debía o no reflejar en el informe las insinuaciones de soborno que había realizado, sin mucho disimulo, el señor Guim.

De pronto, la cisterna del váter sonó. Steve, incrédulo primero y asustado después, se levantó de golpe de la cama y buscó algo con lo que golpear a quien estuviera dentro.

Pero no le dio tiempo. La puerta del baño se abrió y salió una hermosa joven, tapada únicamente con un vestido de tela blanco, casi transparente, que dejaba ver todas las formas de su bonito cuerpo.

En sus manos llevaba dos copas con un líquido azul en su interior.

—Hola. Me llamo Yen-Yen.

### **Acerca del autor**

Pedro Aranda (Cartagena, 1979) es ingeniero industrial y debutó en la narrativa con una novela que fue finalista en el certamen Cartagena Negra. Ha colaborado con diversas revistas y medios culturales de España y Latinoamérica. Su escritura combina ironía, mirada crítica y una atención especial a los conflictos morales de los personajes.

# ÍNDICE

Prólogo .....	4
Eire	
De nuevo, a casa .....	8
Arturo Panero	
Cartas entre tinta y píxeles: ecos que sobreviven a los días .....	18
Elena Iglesias López	
Transformación .....	26
Encarni Prados	
Manos sucias .....	29
Jos den Bekker	
Aldo Moro.....	42
Giacomo Pilati	
POESÍA .....	47
Óscar Fernández García	
Ana Castro	
Il trenino fantasma.....	49
Stefano Cucinotta	
Blues, pane e salame .....	71
Francesca Martano	
Yen-Yen .....	85
Pedro Aranda	

ISBN: 978-84-09-61374-8 (\_ 5)  
DEPÓSITO LEGAL: M-24165-2023

EJEMPLAR SIN VALOR COMERCIAL

*Con patrocinio de:*



**CONFASSOCIAZIONI**<sup>®</sup>  
**ESPAÑA**



Accademia Mondiale della Poesia  
World Poetry Academy  
Académie Mondiale de Poésie

ISTITUTO  
*italiano*  
DI CULTURA  
MADRID

**KENLU**  
travel